EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# LO LEGAL Y LO JUSTO

DRAMA EN PROSA, EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

ORIGINAL DE

CARLOS DIAZ VALERO

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

*(Sucesor de Hijos de A. Gullón)*

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1897

[427:193]

# LO LEGAL Y LO JUSTO

DRAMA EN PROSA, EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

ORIGINAL DE

CARLOS DÍAZ VALERO

---

Estrenado con extraordinario aplauso en el TEATRO DE NOVEDADES, de Madrid, la noche del 5 de Noviembre de 1897

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
*Teléfono número 551*

1897

# REPARTO

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| GABRIELA | D.ª | Enriqueta Val. |
| LEONOR | | Concepción Constán. |
| CONDESA DE HENARES | | Amalia Losada. |
| ANGELITA, *su hija* | | Concepción Solís. |
| SOFÍA, *viuda de Galán* | | Carmen García. |
| PETRA, *criada* | | María Pardiñas. |
| RICARDO VARGAS | D. | Felipe Vaz. |
| DON ANTONIO | | Vicente Yáñez. |
| SALAZAR | | Juan Campos. |
| BARÓN DE ASPE | | Rafael Benítez. |
| BELTRÁN | | Julián Carrasco. |
| MELITÓN, *criado* | | Manuel Espejo. |
| DON SEVERO | | Juan Varela. |
| TÍO PASCUAL, *cartero* | | Francisco Piñeira. |
| CONDE DE ORITO | | José Calvera. |
| UN JUEZ DE INSTRUCCIÓN | | José Delgado. |
| CRIADO | | José Palacios. |
| UN ALGUACIL | | Joaquín Rodríguez. |
| RODRÍGUEZ | (no hablan) | Romualdo Giner. |
| UN ESCRIBANO | (no hablan) | Joaquín Rodríguez. |
| UN ALGUACIL | (no hablan) | N. N. |

*La acción del prólogo y de los actos segundo y tercero se supone en Madrid; la del primer acto en Morata (Madrid). Época actual.*

Derecha é izquierda las del actor

# PRÓLOGO

La escena representa una sala pobre. Puerta al foro, una lateral á la izquierda. Una ventana á la derecha. Una mesa de pino, sobre la que habrá botellas, frascos pequeños. Un vaso figurando que contiene una medicina. Recado de escribir.

## ESCENA PRIMERA

GABRIELA y DON ANTONIO

GAB. (Que se halla sentada en un sillón viejo.) Gracias, don Antonio; si no fuese por los cuidados de usted, á estas horas, ¿qué sería de mí?

ANT. ¡Eh! qué demonio; ¿me va usted á dar las gracias por lo que no lo merece? Lo que siento es que ni mi edad me permite pasar más tiempo al lado de usted, ni mi modesta paga hacer mayores dispendios. Ya usted ve, un pobre teniente de infantería retirado, ¿qué sueldo ha de tener? Miseria y nada más que miseria. Y luego este pícaro reuma no me deja parar. Y ahora ¿de qué sirvo? ¿para qué valgo? Soy solo en este mundo. Mi pobre mujer falleció hace algunos años... Pero la estoy entristeciendo con la relación de mis infortunios; lo principal es usted, que es joven, hermosa, y es menester que viva y que se ponga buena muy pronto. ¿Qué tal pasó usted la noche?

GAB. Mal, don Antonio, muy mal.

ANT. ¡Aprensiva! No tiene usted nada y siempre se está quejando.

GAB. No lo crea usted. Esta anemia me mata. De la anemia á la tisis ó á la muerte no hay más que un paso... ¡y quiera Dios que lo dé pronto!

ANT. Cállese usted... no desee la muerte, que ella vendrá cuando Dios quiera. ¿Ha estado hoy á visitarla don Ricardo?

GAB. No, señor, aun es temprano, pronto vendrá...

ANT. Si le deja su mujer, ¿no es cierto?

GAB. No, cuando él pueda.

ANT. ¡Qué mujer tiene! No he visto en mi vida un alma más fea en un cuerpo más hermoso. ¡Qué genio! Con todo el mundo regaña.

GAB. Es que tiene muchos celos de su marido.

ANT. ¿Celos? Quiá, no, señora. Los tendría si quisiera á su esposo, pero no le puede ver ni en pintura. Esos celos son aparentes nada más. Si usted supiera...

GAB. ¿Qué? (Levantándose.)

ANT. Mire usted, en cuanto su marido se va á la Casa de Socorro, ya está ella fuera de su domicilio. Las noches que el pobre Ricardo está de guardia, ella sale con uno que, según he oído decir, es un personaje de muchas campanillas. Milagro que usted no ha notado nada viviendo tabique por medio.

GAB. ¿Pero Ricardo no sabe nada?

ANT. Si lo supiera, ¿cómo habría de consentirlo? El es un caballero en toda la extensión de la palabra, y cuando un caballero sabe tales afrentas...

GAB. Usted exagera. Ese señor será algún protector de Ricardo. La malicia de usted le hace ver faltas donde no las hay.

ANT. ¿Qué va usted á decir? Usted es muy buena y se cree que nadie es capaz de cometer daño de ningún género... Pero ocupémonos de usted. ¿Quiere algo?

GAB. No; hace un rato que he tomado la medicina...

ANT. Pues entonces, puesto que usted se encuentra mejor y para nada me necesita, me voy

con su permiso, á tomar mi desayuno... ya sabe usted el desayuno que puede tomar un teniente retirado: un gran desayuno en un café económico. Agua de castañas y pan recocido. Este es el pago que da el Gobierno á los servidores de la patria. Conque, Gabrielita, hasta después.

GAB. Vaya usted con Dios, don Antonio. (Don Antonio se va por el foro.)

## ESCENA II

GABRIELA, sola

Mi mal no tiene remedio. Yo comprendo que tomando buenos alimentos, mucho hierro, respirando aire puro, podría restablecerme; pero como soy tan pobre, imposible obtener mi curación. La anemia es hermana carnal de la miseria. ¿Y cómo trabajar? La vista se me anubla, siento unos dolores de cabeza, una flojedad en todo mi cuerpo... ¡Qué situación tan desesperada! El dueño de la casa me ha amenazado con lanzarme de ella. Todo lo que de algún valor tenía está en el Monte de Piedad. No puedo pagar al médico, quien me suministra gratis las medicinas. El pobre don Antonio me cuida como si fuera un padre, y me socorre de vez en cuando. Pero no puede hacer más en mi favor. ¡Es tan pobre! Yo creo que algunos socorros me los facilita por encargo de Ricardo. ¡Oh! ¡qué terrible es para una mujer, sola en el mundo, no poder trabajar y tener que vivir de la limosna! Y si Ricardo, en efecto, fuese el que me diera algunos socorros, ¡es atroz pensarlo! Privar á su esposa de medios para atender á sus necesidades por dárselo á otra mujer... Sería una acción infame, en él porque la ejecutase, en mí, porque aceptase el producto de esa infamia. Sin rebajar su dignidad, una mujer no puede aceptar ni directa ni indirec-

tamente esos obsequios. Yo estoy decidida á no aceptarlos por si provienen de Ricardo. ¡Ricardo! ¡Qué bueno es, qué digno de ser amado! Y debe ser cierto lo que dice don Antonio. Esa mujer ha de ser muy mala... ¿Y por qué la odio cuando no la conozco? ¡Qué duda me atormenta! Para mí todo lo que Ricardo piensa, dice ó ejecuta, está bien; todo menos si atiende á mi subsistencia. Ni siquiera pienso que pueda tener mala intención en realizar los actos que lleva á cabo.

## ESCENA III

GABRIELA y RICARDO

RIC. (Entrando por el foro.) ¿Puedo pasar, Gabriela?

GAB. Adelante, Ricardo.

RIC. Vamos, veo á usted hoy más animada. Tan tempranito y ya en pie. ¿Ha tomado usted ya el desayuno?

GAB. Sí, señor. (¡Cómo le digo que no he tomado alimento!)

RIC. Eso es lo que usted necesita. Para estos males la ciencia médica es más bien una consejera. Ya tengo dicho á usted que si sigue mi plan curativo se restablecerá pronto. Nada de coser á máquina, eso debilita mucho. Hoy debe usted dar un paseíto. Don Antonio la acompañará. Es lástima que no tenga una buena amiga: una persona joven que la distrajera. Don Antonio siempre está con la relación de su vida militar. No se ha sublevado nunca. Ha comido muchas patatas, tiene no sé cuantas cruces, mucho reuma y una paga con descuento, que no le alcanza para satisfacer la suscripción de *La Iberia*. Todos los días la misma relación. Es un tomo ambulante y deteriorado de la historia de nuestras guerras y de nuestras luchas. Esa conversación es muy molesta para usted. Es preciso que la acompañe una jo-

ven que la hable de esperanzas, de venturas; que sueñen ustedes juntas, estando muy despiertas. Mucho humo de gloria envuelto entre sonrisas de amor... Que hablen de mariposas que revolotean de flor en flor, y de arroyos cristalinos y de un cielo azul libre de nubes, y nada de la historia de Espartero, del convenio de Vergara ni de la batalla de Treviño; que usted no ha de ser cronista de tantos episodios, ni ha de librar otras batallas que aquellas que en el rudo combate de la vida se llevan á cabo para luchar por la existencia y dar una sabrosa y plácida victoria al propio corazón.

GAB. Bien deseo yo, Ricardo, todas esas compañías que usted anhela para mí. ¿Pero, quién me ha de acompañar? ¡Una amiga! ¡Qué gustosa iría yo á su lado! Charlaríamos, correríamos como dos locuelas, quitaríamos una á una las hojas de alguna ramita para adivinar si en nuestro porvenir hemos de morir casadas ó viudas; contaríamos, haciendo de cuando en cuando alguna inocente trampa, las varillas del abanico, para saber si habíamos de vivir solteras, casadas, viudas ó monjas... Siempre el varillaje nos anunciaría el estado perfecto de casadas. Soñaríamos con un hombre, valiente como un Cid, bello como un Apolo, que nos siguiera, que se acercase vacilante hasta nosotras... Para soñar, Ricardo, la imaginación de las mujeres es puramente oriental. Cuando dos jóvenes estamos juntas, no nos decimos nada que una de las dos no haya pensado ó más bien sentido antes. Nuestras conversaciones giran siempre sobre el mismo motivo... el hombre. Le rebajamos, le enaltecemos, le ponemos al igual de nosotras y, al fin, concluímos—se lo confieso ingenuamente—por desear uno, entre todos, que nos esclavice para siempre con las dulces cadenas del amor.

RIC. ¿Y usted tiene—pecaré de indiscreto al preguntárselo—algún elegido de su corazón?

GAB. En cuanto á eso, no, Ricardo. Las mujeres amamos más al amor que al hombre amado. Siempre, por alto que sea el nivel de la persona querida, es para nosotras mucho más de lo que vale en realidad. Miramos á aquel á quien queremos, y no vemos lo que miramos, sino que en él se refleja, como algo inmaterial en un espejo impalpable, la propia silueta de nuestro amor. Por eso la mujer ama tanto, porque no ve lo que ama; por eso es tan ciega, por eso mismo tan desgraciada.

RIC. ¡Ah, Gabriela! ¡Si mi mujer hablase así!... Usted se expresa de ese modo porque lo siente.

GAB. Y qué, ¿ella no ha de sentir lo mismo?

RIC. No, Gabriela. Yo para ella soy un mal médico que apenas tiene visitas, que no gana nada, porque es muy torpe. Se me murió un enfermo, tísico en último grado, pues es porque yo le maté. Tengo un tío, á quien quiero mucho, que me ha protegido y me protege; pues porque mi tío tiene una fortuna inmensa pide á Dios que se muera pronto. Como si Dios, que sólo escucha palabras de perdón y súplicas de bondad, pudiera oir exclamaciones de despecho ó frases de ambición. Mi tío ha otorgado testamento á mi favor, y quiere mi mujer que tome dinero prestado á cuenta de mi futura herencia. ¡Nunca lo haré! Mi vida sería capaz de dar por él. Mi mujer, Gabriela, ha llegado hasta proponerme que mate á mi tío para ser pronto ricos.

GAB. ¡Qué horror!

RIC. Y es que ella tiene la manía de las grandezas, de las grandezas humanas, que sólo se amasan con talco y oropel, con lágrimas y vergüenzas... Es una histérica con instintos de hiena, es una balsa de agua cristalina en la apariencia, pero amarga en su sabor.

GAB. Por Dios, Ricardo; que arroja usted lodo sobre ella y le salpica á la frente. Esa mujer lleva su propio nombre; esa mujer es la eterna compañera de su vida.

RIC. ¡Ah! ¡Para qué las leyes convierten en eterno aquello que por ser humano tiene que ser finito y perecedero!

GAB. ¿Pues no es el amor infinito?

RIC. Así es, cuando se ama.

GAB. ¿Luego, usted, no ama á su mujer?

RIC. No. (Con vacilación.)

GAB. ¿Y se ha casado con ella? ¿Y la juró fidelidad al pié de los altares, y vió bajar á Dios y llegar hasta usted convertido en hostia inmaculada, y ha jurado en vano y comulgado en falso? ¡Ah! Ricardo, yo creía á usted bueno y no lo es.

RIC. Gabriela, por Dios; no me juzgue usted tan mal. Yo me casé con Leonor, mas bien ofuscado por su hermosura que cautivado por una pasión amorosa. Jóven, huérfano, con grandes aspiraciones, ví á mi mujer radiante de hermosura; el fulgor de su belleza me atrajo, como un foco de luz atrae á las mariposas, y ciego y ofuscado me quemé en el fuego de sus ojos; y lo que yo, rudo materialista, no comprendía, por ser inmaterial, me faltaba. Tengo una estatua hermosa, pero como estatua, fría... Mas apartemos la mirada de ese punto; llevemos la conversación por otro camino. Júzgueme usted como quiera. Dejemos á un lado al hombre con todos sus defectos, y vayamos al médico con todas sus obligaciones.

GAB. (Con algo de sequedad.) Bien.

RIC. ¿Tomó usted la medicina que traje anoche?

GAB. Sí. Pero no se moleste en traer otras.

RIC. ¿Por qué?

GAB. Porque el dinero que gasta en ellas, le hace falta para atender á las obligaciones de su casa.

RIC. No. Puede usted tomarlas sin reparo. Me las proporciona un farmacéutico á quien le recomiendo muchos enfermos.

GAB. De todos modos...

RIC. No hay que hablar de eso. Yo tengo el deber de restablecer su salud, y he de hacer lo posible por cumplir con tal obligación. Nada

de nuevo observo en usted. Siga el mismo plan, igual régimen. Ya sabe usted: cada hora una cucharada de la medicina. Cada seis horas una píldora. Pasaré á la noche á hacerla mi segunda visita de médico. Adiós. (¡Por qué he de querer tanto á esta mujer si no puedo ni debo amarla!) (Vase por el foro.)

## ESCENA IV

GABRIELA y después DON ANTONIO

GAB. ¡Pobre Ricardo! ¡Tiene razón, aunque no debe tenerla, ó yo soy tan mala que dudo de que sus palabras puedan tener disculpa en la mala conducta de su mujer!

ANT. (Entrando por el foro.) Luego dicen que las visitas cortas son visitas de médico... ¡Ya, ya! ¡Buen rato se ha estado aquí don Ricardo! ¡Le ví entrar en este cuarto y ahora mismo le he visto salir! Como no tengo nada que hacer, me he vuelto curioso... ¿Y qué dice Ricardo? ¿La encuentra á usted mejor?

GAB. Sí.

ANT. Me alegro. Mire usted; en este papelito traigo... ¿á que no lo acierta usted?

GAB. No. (Con indiferencia.)

ANT. Ya está usted rabiosa por averiguarlo... una empanada de carne. La encargué ayer. ¡Es de la Mallorquina! Y en este frasquito... (Sacando uno del bolsillo) traigo una copa de vino de Valdepeñas, superior; ¡vaya un tinto! Ni pizca de agua. Con esto se le quita á usted la anemia... ¡Ya lo creo! Hierro, hierro á la sangre, dicen los médicos... Carne y vino, digo yo. Yo no he tomado hierro en mi vida y no tengo anemia... Vaya; me marcho.

GAB. No se vaya usted tan pronto, don Antonio. Tengo miedo á quedarme sola.

ANT. Miedo ¿por qué? No está usted tan mala. La encuentro mejor. Ese cuerpo está más animado.

GAB. No es el cuerpo el que me atormenta: ¡es el alma!

ANT. ¿El alma?

GAB. Yo necesito decir á usted lo que me pasa. No tendría valor para hacer á un sacerdote esta confesión y se la hago á usted, porque no quiero vivir con este remordimiento, ni morir, cuando muera, sin que mi conciencia quede tranquila.

ANT. Hable usted, por favor.

GAB. ¡Ay, don Antonio! A usted, á quien quiero como á un padre, le voy á dar cuenta de mis desdichas. No me juzgue usted mala; téngame lástima. Pero si en su rectitud no encuentra disculpa á mi conducta, en su corazón habrá un lugar para quererme y para perdonarme.

ANT. Hable usted, que estoy intranquilo.

GAB. Don Antonio... ¡yo amo á Ricardo!

ANT. ¡Jesús! Usted está loca. Yo creí que sólo se trataba de un afecto fraternal, de un cariño así como el que me tiene á mí, pero...

GAB. Es muy infame, lo sé. Mas ¿tengo yo la culpa? ¿Por qué Dios no impide que yo le quiera?

ANT. ¿Y la voluntad? ¿Por qué no es usted firme?

GAB. Más firme es el acero y el imán le atrae y le sujeta. Más fuerte es un río caudaloso, y aunque sabe que ha de esconderse en el mar allá va con sus aguas dulces á morir confundido con las aguas amargas. Más fuerte es el rayo y va á dar con su poderío en la punta de un diamante que le vence, le sujeta y le entierra. ¡La voluntad! ¿Tenemos voluntad?

ANT. No lo sé.

GAB. Lo más que tenemos es conciencia. Sabemos que no debemos hacer una cosa... y la hacemos. Sólo cuando nuestra dignidad puede peligrar nos detenemos; pero ¡cuánto sufrimos! Yo sé que no debo amar á Ricardo, ¡y le amo! Pero mi conciencia me dice que debo ser buena ¡y lo soy!

ANT. Menos mal.

GAB. Pero hay muchos justos, porque no han tenido ocasión de ser pecadores, y por eso yo he ya tomado mi resolución

ANT. Pues bien; ese amor es imposible.

GAB. Lo sé.

ANT. Pero usted no llegará siquiera á que Ricardo lo comprenda.

GAB. No necesito la advertencia, porque mi honradez me lo tiene advertido. Este amor morirá conmigo. Pero quiero tener la esperanza de que cuando yo haya muerto él lo sabrá.

ANT. Eso es una locura.

GAB. ¿Y hay locura mayor que el amor? Todos los enfermos quieren curarse, y los enfermos de amor no tienen más miedo que á la curación. Yo amo á Ricardo... me cuesta tanto trabajo, tanta alegría y tanta vergüenza el decirlo... Le conocí hace algunos meses en este mismo cuarto. Como médico, vino á visitar á mi madre. Aquella santa no tenía remedio: los esfuerzos de la ciencia eran inútiles. Ricardo pudo retrasar la muerte, pero no impedirla. A cada momento creíamos que acontecía el funesto desenlace. El médico no se apartaba un momento de la cabecera de la enferma. La ciencia por su mano, la religión por mis plegarias se unían para impedir lo que los dos veíamos que era imposible. El, sin embargo, confiaba á veces; yo, como hija, pensaba en la posibilidad de un milagro. La fe en la ciencia, el cariño de la hija nos convirtió en seres excepcionales; no descansábamos un instante. Llego el momento terrible... mi madre pasaba sin cesar las manos por el embozo de las sábanas, como quien busca algo... ¡la vida que se le escapaba! Varió de postura en el lecho, colocándose boca arriba... como se colocan los que van á morir y miran al cielo que es el principio de todas las esperanzas del moribundo... la respiración iba siendo más fatigosa... sus palabras se convirtieron en un trémolo cavernoso... en un ron-

quido... sus ojos anublados... vidriosos... no pudiendo hablar, me cogió una mano, apretándomela... fuerte... muy fuerte, corrió una lágrima por sus ojos, y abriéndolos desmesuradamente miró á Ricardo con tal pasión, con una mirada tal de cariño y de agradecimiento, que yo tuve envidia de que le mirase, porque su última mirada fué para él... inclinó la cabeza... ¡y espiró!

ANT. ¡Pobre Gabriela!

GAB. Ricardo lloró también... y me miró con angustia y yo no sé de qué manera, y me dijo: ¡Valor, todo ha concluído! Y desde entonces yo amo á Ricardo, y no puedo ser suya, porque es imposible, ni de Dios, porque no amaría á Él solo, porque hasta en la cruz de Jesucristo estarían los ojos de Ricardo.

ANT. Pues hay que vencerse y hay que sufrir.

GAB. Ya lo sé. Cuando yo era niña, ¡cosas de criatura! siempre estaba pidiendo á mi madre que me diera la luna. Una tarde, me acuerdo como si fuera ahora... iba yo con mi madre, con aquella santa, ¿qué madre no lo es? y á la vuelta para casa nos sorprendió una de esas nubes de verano que parece que todo lo arrasan, y pasan en seguida. Nos guarecimos de la lluvia como mejor pudimos... Yo, como mejor no podía estar... resguardada por mi madre... y en cuanto pasó la tormeta salimos de nuestra guarida. La nube había desaparecido; la luna, hermosa y clara, iluminaba el paseo. De pronto, mi madre, me dice: Gabriela, hija mía, ¿no querías la luna? Ahí la tienes. Y señalándome un charquito que había formado el agua llovediza, ví, en efecto, allí la luna, tan cerca, tan hermosa, que me dió entonces más deseos que nunca de cogerla. Con mis manecitas sentía conseguirlo, y parecía que la tenía en mis manos, y que se me escurría, y tanto y tanto hice por apoderarme de ella, que la luna desapareció... porque ya no podía retratarse en el charco, porque yo había enturbiado sus aguas... y el

barro me ensució las manos y me salpicó el vestido blanco que tanto cuidara antes mi madre de salvar de la lluvia... Mira, me dijo mi pobre madre... lo que pretendes es imposible; la luna está allí y yo no te la podré dar nunca, que si pudiera, como soy madre, tuya sería. Y yo, mirando al cielo, por lo mismo que me convencí de que no podía ser mía jamás, aún me parecía la luna más hermosa! ¡Mi ilusión, mi deseo podrán haberme figurado que un hombre, que no podrá nunca ser mío, está cerca de mí, por un espejismo falso... pero miro que está muy lejos, en el cielo de la felicidad de otra, y que si quisiera hacerle mío sería á costa de mi pureza, donde salpicaría el cieno de un amor criminal que no podría ser amor... ni el mío!

ANT. ¿Y por qué no ha procurado usted, desde el primer momento, desechar un amor que es imposible, que no puede ser bueno cuando necesita ocultarse, que se confiesa como un pecado y no se proclama con alegría?

GAB. ¡Qué se yo! Dios me ha dado conciencia, pero no voluntad. El pararrayos libra del fuego del cielo... ¡y no siempre! pero no evita que se formen las tormentas.

ANT. ¿Y por qué le ama usted?

GAB. ¿Por qué tendrá usted tanta edad para no comprenderlo? ¿Hay nada más frío que el acero, más rudo que el pedernal? Se chocan y producen el fuego... Dos trozos de madera á fuerza de juntarse... también se queman. ¿Por qué? Pida usted la explicación á Dios, que todo lo dispone, no á mí, que no puedo disponer ni de mí misma.

ANT. Adiós, Gabriela; vuelvo al momento; necesito ver con urgencia á un amigo.

GAB. Bien, don Antonio... Y ya sé que la confesión que le he hecho quedará entre nosotros.

ANT. Que Dios la ilumine y la quite esas terribles ilusiones.

GAB. Pídale usted que siga dándome fuerzas para sufrirlas y para ser tan honrada como hasta

aquí... que pedir que me las quite no sé si El mismo podrá conseguirlo. (Vase don Antonio por el foro.)

## ESCENA V

GABRIELA, después un ALGUACIL por el foro

GAB. ¡Qué corazón tan hermoso tiene este hombre!... ¡Una empanada de carne!... ¡Quién tuviera apetito! ¡Tengo unos deseos de ponerme buena... ó de morirme!...

ALG. Doña Gabriela Menéndez...

GAB. Servidora, ¿qué desea usted?

ALG. Este papelito... y firme usted aquí...

GAB. ¿En blanco?

ALG. ¡Qué! ¿Cree usted que la voy á llevar á presidio?

GAB. No, pero...

ALG. Es la notificación de la sentencia de desahucio. Yo soy el Alguacil del Juzgado municipal y represento aquí al señor Juez.

GAB. Sí, representará usted todo lo que quiera, pero yo no firmo nada sin saber lo que es.

ALG. ¿Eh? (Mientras lee Gabriela.) ¡Qué rica! ¡Ay, qué ojos, madre mía! Esto es bocado superior, pero está muy flacucha.

GAB. Está bien... firmaré. ¿Dónde?

ALG. (Señalando.) Aquí.

GAB. (Después de firmar.) Ya está.

ALG. Mire usted, si tiene dinero puede usted apelar á primera instancia.

GAB. Si tuviera dinero pagaría el cuarto...

ALG. Bien; pero si quiere usted ganar tiempo, puede todavía esperar unos días hasta que se verifique el lanzamiento... unas cuantas diligencias más... y así las costas suben. (Cogiendo el papel que firmó Gabriela.) Ya está todo corriente. Abur. (Se dirige hacia el foro y vuelve.) ¡Ah! Un consejo de amigo... Si quiere evitarse perjuicios, llévese los trastos de aquí... Verdad es que no valen nada... En fin, buena suerte, engordar un poquito, y cuando

cambie usted de jaula, que sea con un pájaro que busque mejor los cañamones. (Vase por el foro.)

GAB. ¡Insolente!

## ESCENA VI

GABRIELA, después DON ANTONIO

GAB. ¡Dios mío! ¡Todo el mundo tiene derecho para insultar á la pobreza! Porque saben que soy huérfana y pobre me injurian. ¿Qué daño he hecho yo á nadie para que así me escarnezcan?

ANT. (Entrando por el foro.) Mi amigo Rodríguez, el portero de la travesía de San Mateo, no está en casa. Me han dicho que ha ido á comprar material. ¡Pobrecillo! Ayer me pidió dos duros prestados y no se los pude dar en el momento. Pero aunque pobre tengo crédito; me fuí en casa del habilitado y me lo adelantó. Se conoce que el dinero era para comprar materiales.

GAB. Hombres como usted no debían morirse nunca.

ANT. No crea usted que soy tan bueno. Tengo mis picardías... Pero eso sí, cuando se trata de hacer un favor á un amigo, hasta que no le complazco no estoy tranquilo. Hace pocos días, la vecina del tercero interior, dió á luz el quinto muchacho. ¡Si viera usted qué pobre está! ¡No tenía manta en la cama!... ¡Con el frío que ha hecho estos días!... Pues le he dado la mía hasta que pase el invierno... Yo me abrigo con mi capa... Pues mire usted, la noche que me quedé sin manta ni sentí el frío ni tuve dolores de reuma. (Se oyen voces dentro.)

GAB. ¿Oye usted, don Antonio?

ANT. ¿Qué es ello?

GAB. Parece la voz de Ricardo.

ANT. ¡Claro! Veremos lo que pasa. (Se aproxima á la puerta.) ¡Sí, sí, él es!... Vengo en seguida. (Vase por el foro.)

## ESCENA VII

GABRIELA, después DON ANTONIO y RICARDO por el foro.

GAB. ¿Qué ocurrirá?

ANT. (Entrando con Ricardo.) Pase usted, Ricardo... Serénese un poco.

RIC. Déjeme usted, don Antonio.. No me detenga.

ANT. Vamos, aquí está usted entre amigos.

RIC. Déjeme usted, déjeme usted.

GAB. ¿Qué es eso, Ricardo?

RIC. El infierno que se ha desatado en contra mía. Mi mujer, qué digo mi mujer, esa infame me ha abandonado, se ha escapado con un amante... ¡Qué deshonra! ¡Qué vergüenza! Toda mi vida llevaré el estigma del oprobio. La gente me señalará con el dedo. ¡Estoy deshonrado! ¡Perdido! ¿Cómo vivir? Imposible. La muerte es mi único consuelo... No, no. La perseguiré como adúltera, haré que expíe sus culpas en un presidio...

ANT. No... Rodará su nombre por los tribunales, su honra se hará polvo en un montón de papel de oficio...

RIC. ¡Ah! La mataré, ¡sí! La mataré. La muerte para ella y para mí... ¡Estoy decidido! La buscaré, la hallaré, y el lazo de nuestra unión será el dogal que la ahorque. Ella pidió á Dios una muerte, Dios la ha concedido. (Vase por el foro.)

ANT. (Va á detenerle.) Pero Ricardo...

RIC. Déjeme usted, le he dicho. (Da un empujón á don Antonio.)

ANT. ¿Qué va á hacer ese hombre? Voy detrás de él para evitar una desgracia. (Vase tras de Ricardo.)

## ESCENA ÚLTIMA

GACRIELA

Ricardo, Ricardo, por Dios... Oigame usted. ¡Por favor! ¡Pór mí! Por mí que le amo... ¡Ah! (Cae de rodillas.) No me hace caso. ¡La amaba! La amaba con delirio. El lo ocultaba, él fingía despreciarla... Busca la muerte... Hace bien. En estos momentos la muerte es solo el remedio á todos nuestros males. (Cierra la puerta.) Nadie vendrá en mi auxilio... Consumaré el sacrificio Tengo más fuerzas, más vida. Dios me da alientos para llegar hasta la muerte... ¡Por aquí! Desde esta ventana caeré á la calle... La justicia me amenaza con un lanzamiento: pues bien, yo me lanzaré desde esta altura y hallaré la muerte, la deseada muerte en esas losas de piedra... No pude elevarme, no pude salir de esta miseria, pues al suelo. Caeré, me aplastaré. Así, cuanto más vertiginosa la caída, menos sentiré la muerte que tanto deseo; tanto la quiero que tengo ansias de abrazarme á ella. (Pone una silla junto á la ventana.) Desde aquí.... ¡No dudo, no vacilo! (Se oye á lo lejos una campanilla del Viatico.) ¡Ah! El Viático... ¡Dios mío! Uno que no quiere la muerte y yo que la deseo. (Bajando de la silla.) ¡Ah! ¡Virgen santa! ¡Madre mía! ¡Morir y morir sin confesión! No, no moriré... Cuando Dios quiera... Señor, sea tu santa voluntad. (Cae de rodillas. Se oye muy á los lejos la campanilla del Viatico.)

CAE EL TELÓN

# ACTO PRIMERO

La escena representa una sala-portal de la casa de un pueblo. Hogar en el que habrá lumbre. Puerta al foro y laterales. Varias sillas. Una mesa con recado de escribir.

## ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO entrando por la izquierda.

Ya está el chiquitín durmiendo como un tronco. El demontre del chiquillo no quiere que le duerma nadie más que yo. ¡Bendito sea el Señor y en lo que se convierte un teniente retirado del ejército! Yo canto al niño para que se duerma, y el pobrecito va entornando los ojos hasta que con sonrisa de ángel se queda dormidito en mis brazos. ¡Qué ganas tengo de que hable, y cuando yo le dé con el dedo en la barbita me diga: ¡Abuelo.. Abuelito..! ¡Jé, jé! ¡Yo abuelo! ¡Qué alegría la del hogar! En estas noches del invierno, cuando el frío entumece los ateridos miembros, la leña arde y chisporrotea y nos calienta de verdad. Aquellos braseros de Madrid, cuando me permitía el lujo de tener brasero, no le calientan á uno más que las piernas y después el reuma hace de las suyas. No se sabe lo que es querer hasta que se tienen nietos.. porque Ricardito no es nieto mío pero es lo mismo. Gabriela es como si fuera hija mía, y á Ricardo le quie-

ro como á un hijo ¡Qué diferencia tan grande de lo felices que somos ahora á como estábamos en la calle de Hortaleza! Allí tanta escalera, tan poca luz, un cuartucho mal ventilado, y aquí tanta alegría, tanto espacio, tanto oxígeno, como dice Ricardo. (Pausa.) ¿Qué habrá sido de aquella mujer? Dicen que anda por Madrid con unos y con otros.. Ricardo adoptó la mejor resolución, que fué dejarla. Anduvo loco buscándola, y nada, no la encontró; si la encuentra la mata. Yo recogí á Gabriela cuando la echaron del cuarto... y después.. todo muy sencillo y muy grave al mismo tiempo. Ricardo y Gabriela se amaban; el demonio la enredó... y nació Ricardito. ¡Cómo me la pegaron! El mal estaba hecho: se unieron; á Ricardo le salió este pueblo y aquí estamos contentos y tranquilos con la bendición de Dios, si Dios puede bendecir lo que no es legal ni conveniente. Pero, en fin, pecho al agua; ellos se quieren mucho, aquí me tienen, dejándome íntegra mi paga, y el chico, que vale más que las pagas de todos los militares del mundo.

## ESCENA II

DICHO; TIO PASCUAL por la derecha

PAS. (Entrando.) ¡Ave María!

ANT. Adelante, tío Pascual. ¿Qué hay de bueno?

PAS. Poca cosa; el correo *ú* dígase la *correspondiencia* pública, que dice el secretario.

ANT. Bueno; pues deje las cartas que haya, que luego se las daré á don Ricardo.

PAS. *Miste* de *güena* gana las dejaría, pero es el caso que traigo una *certificá* y no puedo darla á *naide* mas que á él propiamente en su *presona*.

ANT. Bueno; pues entonces atranque usted la puerta, que entra fresco, y si quiere espe-

rarle arrime una silla al hogar y caliéntese un poco, que bien se lo agradecerá el cuerpo.

PAS. *Miste*, y si me da *usté* un trago, mejor que mejor.

ANT. ¡Qué bien habla usted, tío Pascual. No hay mejor combustible, como diría Ricardo, que un buen trago de vino. Mire usted, él me lo prohibe, porque dice que no debo entrar en ningún establecimiento de bebidas; pero es lo que yo digo: el vino en casa no sabe como en la taberna. Yo tengo ese defecto, lo comprendo. No es que me embriague... eso, jamás. Pero si no tomo una copita fuera de casa no puedo vivir.

PAS. Dice usted bien, don Antonio. A mí me pasa lo *mesmo*. Si no echo un *trinquis* en la *tasca* no puedo hacer la *indigestión* de la *comía*. *Y aluego* que hay que alternar, y una *presona* como yo, que soy un funcionario público, aunque me esté mal el decirlo, debe tener comunicación con sus *conocencias*.

ANT. Es cierto. ¡Petra! (Llamando.)

PASC. Y si no, vea usté: los que se meten en un rincón... *perdíos*. No sería yo correo, *ú* dígase cartero, si no hubiese *frecuentao* la taberna del señor Alcalde. Entraron los suyos, vamos, los nuestros, y *enseguía* me dió ese destinejo.

ANT. Yo no voy á la taberna del Alcalde.

PASC. Le diré á usté. Ahora, como estamos en el *poer*, se le echa al vino *toa* el agua que se puede; porque cuando mandaba el tío Mereje, en *cuanti* que le pescaba en tanto así, y perdone el modo de señalar, *cá* multazo que le atizaba le *eslomaba*.

ANT. (Llamando.) ¡Petra!

PASC. Ahora es otra cosa. Ni Dios, valga la *comparanza*, rechista, y en cambio al tío Mereje lo reventamos.

ANT. ¡Petra! (Llamando.)

## ESCENA III

DICHOS. PETRA

PETRA (Entrando por la izquierda.) Ya voy; no llama usté poco deprisa.

ANT. Pero, mujer; si hace dos horas...

PETRA Estaba haciendo otras cosas. ¿Qué es lo que *quién* ustés? ¿Vino? Me lo había *figurao*. Aquí traigo una jarra y dos vasos. Conque *diquiá* luego. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA IV

DICHOS, menos PETRA. Después RICARDO

ANT. ¡Vaya una copita, tío Pascual!

PASC. A su *saluz*. (Beben.)

RIC. (Entrando por la derecha.) Bien, don Antonio, bien. La ocupación de siempre. ¿No le he dicho que no debe abusar de la bebida?

ANT. Si no me hace daño. Seremos como tú, que siempre te estás quejando del corazón... aprensivo.

RIC. Nada; no valen excusas. Hola, tío Pascual. ¿Qué hay de bueno?

PASC. Poca cosa. Aquí traigo una carta *pá* usté, y como viene *lacrá*, no puedo entregársela á *naide* más que á usté *mesmamente*.

RIC. Venga. (Toma la carta y firma en un cuaderno que le presenta Pascual.) Carta de mi tío. ¡Pobrecillo! No se olvida de mí. (Sacando de la carta unos billetes.) Uno... dos... tres... quinientas pesetas. (Lee la carta demostrando gran contrariedad.)

ANT. Vamos, Ricardo, que el correo no trae malas noticias.

RIC. Ni buenas tampoco. Mi pobre tío me escribe diciendo que está mal de salud, y que se alegraría mucho que fuese á pasar una temporada con él. Si el médico de Perales qui-

siera hacer la visita por mí unos días... Ahora no tengo enfermos de gravedad.

PASC. ¿Se ofrece algo, don Ricardo?

RIC. Nada; tío Pascual.

PASC. *Pus* entonces, me largo, que tengo que repartir el correo.

RIC. Ya; ya es hora.

PASC. No corre mucha prisa, porque *paice* que los nuestros van á caer pronto, y, es claro, pierdo el destino. Mientras dura, vida y dulzura, como dijo el otro; que el que quiera saber noticias pronto, que ponga las cartas por el alambre. Vaya, abur. (Vase.)

## ESCENA V

RICARDO, DON ANTONIO

ANT. Ricardo. ¿No hay noticia alguna de... aquélla?

RIC. Mi tío me comunica una muy grave. Leonor ha estado en el hospital... y ha tenido un hijo.

ANT. ¡Jesús!

RIC. «No ha podido averiguarse todavía quién era el personaje político que se escapó con ella. También se ignora si continúan esas relaciones. Lo único que parece cierto es, que ella ha dado una gran caída Ya no se la ve en coche por la Castellana. Ha vendido el hotel que tenía en el barrio de Argüelles. Parece que ha perdido bastante en hermosura y que ha pasado de moda (1).» ¡Ah! ¡Infeliz mujer! No puedo olvidarla, don Antonio. Ahora que es desgraciada, la quiero más... Grande fué su delito, pero casi la disculpo. Yo debí matarla. El hombre digno, cuando se ve deshonrado, sólo puede recobrar su dignidad por medio de la muerte. Esa idea no se aparta de mi pensamiento. Todo es preferible á haberla abandonado.

(1) Lo acotado puede declamarse ó leerse.

En esta vida tranquila que llevo, veo mejor lo insensato de mi conducta. Se ve el lecho del río lleno de piedras ó de fango, cuando las aguas corren tranquilas; si el río va alborotado, parece su caudal más profundo, pero no se ve el fondo. ¡Y quién sabe lo que hay en él!

ANT. Siempre te lo dije, Ricardo. Ningún hombre tiene derecho á ser malo porque su mujer le falte. Es más digno morir de vergüenza en un lugar solitario, que responder á una afrenta con una indignidad. Tu situación es muy grave. Vives amancebado con una mujer, á quien has engañado, y para disculpar tu mal proceder no encuentras otra razón que el haber sufrido antes un engaño. Eres como aquel rico á quien un ladrón deja en la miseria, y él roba el caudal ajeno para disfrutar bienes que no le corresponden.

RIC. Es cierto, don Antonio. Hubiese matado á Leonor y hoy llevaría con orgullo la cadena del presidiario. Pero seducir á la pobre Gabriela, presentarla á los ojos del mundo como mi esposa legítima, hacer que ella usurpe un estado civil, una condición que no la corresponde... es atroz. ¿Qué hacer? ¿He de divulgar el secreto? ¿He de proclamar que mi pobre hijo es el fruto del adulterio? ¿He de decir á la sociedad que no soy honrado... por las faltas de ella y por las faltas mías? Soy un cobarde, pero el cariño de padre atenúa mi cobardía. Siquiera Leonor tiene el valor de sus actos. Ella ante el mundo figura como es. Yo, tan hipócrita, oculto lo que soy. Deshonra fué para mí que ella me faltase, pero no eran actos míos; yo podía decir que si la sociedad me motejaba, la conciencia me absolvía. Hoy ni aun eso. Soy un infame, merecedor del mayor desprecio.—He dicho á Gabriela que Leonor ha muerto, que me casaré con ella en cuanto pueda acreditarlo. Pero no puedo dar nombre á mi hijo. La ley no permite legitimar lo que es ilegítimo en su origen.

ANT. ¡Pobre niño!

RIC. ¡Qué ciegos somos los hombres! No reconocemos más ley que nuestro capricho. Creemos que el mundo es como nosotros pensamos, como nosotros queremos engañarnos, deseando que sea. Las consecuencias las pagan nuestros hijos. No podemos darles nuestro nombre. ¿Y para qué? ¡Siempre llevarían el nombre deshonrado de un padre criminal!

## ESCENA VI

DICHOS y BELTRÁN

BELT. (Entrando por el foro.) El médico de esta villa, ¿vive aquí?

RIC. Servidor.

BELT. Vengo á reclamar sus auxilios. En la quinta del Marqués de Lanzón acaba de ocurrir un duelo. Como resultado de una violenta discusión en los pasillos del Congreso de los Diputados, se concertó un lance entre dos personajes muy conocidos: Salazar el *leader* (1) del partido liberal, y Bustamante, actual ministro de Estado. Bustamante ha herido mortalmente á Salazar y carecemos de médico que le asista. No creímos, y fué una imprudencia, que el duelo llegara á tales proporciones; por ese motivo no ha venido facultativo con nosotros, y los auxilios de la ciencia son imprescindibles. Además, en la quinta no hay camas preparadas donde colocar al herido, y es preciso atenderle. Salazar es una gloria de España y hay que poner todos los medios posibles para que no muera.

RIC. Está bien. Mis servicios como médico y mi casa están á disposición del herido. Don Antonio, vaya usted inmediatamente á buscar cuatro hombres que puedan traer aquí

(1) Se pronuncia «lider».

á Salazar. Acompañe usted á este caballero. Yo voy inmediatamente á la quinta. Es preciso no perder un momento.

BELT. Gracias, caballero. También hemos telegrafiado al doctor Bonavide, y creemos vendrá al momento.

RIC. ¡El doctor Bonavide! ¡Mi ilustre maestro!... Con permiso, voy á recoger mi caja de cirujía. (Vase por la izquierda.)

ANT. (Que ha cogido el sombrero y su capa.) Vamos cuando usted guste.

BELT. Ahora mismo. (Vanse Don Antonio y Beltrán por el foro.)

## ESCENA VII

PETRA y MELITÓN que salen por la derecha

PETRA *Pús* no está poco revuelta la casa. *¿Aonde* habrá ido tan de prisa don Antonio?

MEL. A los barranquillos, á la finca del Marqués de Lanzón. He oído *icir* que dos señores de Madrid, porque si dijeron ó no dijeron, se han *desafiao*, y en vez de andar como nosotros á *moquetazo* limpio, se han *batío* con unos sables *mu* largos. El guarda de la Huerta de la Marañosa me lo ha dicho. Tris... tras... primero se sacudían los pinchos y y *dimpués* uno de ellos le dió al otro un sablazo que le ha *andao* cerca de los *plumones*.

PETRA ¿Y por qué se han *desafiao?*

MEL. *Pá* el caso por *ná*. . por *custión* de palabras. Yo comprendo que los hombres se peguen por *custión* de mujeres. *Miá* tú, si yo *supiá* que alguien te *icía güenos* ojos tienes, me mataba con él. Pero pongo por caso, que *ijeran:* Melitón, eres *mu* bruto... *güeno:* Melitón, eres un animal... *güeno* también. El otro día, ya ves tú, el barbero me *ijo* afeitándome que tenía una *pidermis mu* áspera. *Miá* tú que *icir* á un hombre como yo que *tíe pidermis*... es un insulto, una *endominia mu* grande. El *pidermis* lo será usted le *ije:* se echó á reir en mis

barbas, es un decir, en mis barbas no, porque ya me había *afeitao* y yo le sacudí una *trompá*... que si llego á saber dónde tenía el *pidermis* se lo *esago*.

PETRA Qué bruto eres, Melitón.

MEL. *Güeno*, pero te quiero mucho.

PETRA Y á mí no me hace falta que tú me quieras.

MEL. ¿Que no? Eso *icís* siempre las mujeres de vuestro sexo... pero ya verás como *dimpués* no te *pués* pasar sin mí.

PETRA *¿Dimpués* de qué?

MEL. *Dimpués* de los dichos, y no preguntes más, porque meto la pata... vaya si la meto.

## ESCENA VIII

DICHOS y RICARDO

RIC. ¿Qué hacéis aquí vosotros? Tú, Petra, á preparar cama y habitación para el herido.

PETRA ¿A *onde?*

RIC. En mi mismo cuarto, en mi propia cama. No hay mejor habitación ni más cómodo lecho en esta casa; si mejores los hubiese, se los daría al herido... Y tú, Melitón, avisa al barbero para que venga á servirme de ayudante. Pronto, los dos cumplid los encargos.

PETRA Está bien, señorito (Vase por la derecha.)

MEL. Voy. (Si me llama *pidermis* otra vez nos tenemos *tos* que dejar la barba. (Vase por el foro.)

## ESCENA IX

RICARDO

Dos personajes políticos... uno de ellos herido. La Providencia ó el infierno, la casualidad ó mi desgracia los presenta en mi camino. ¿Qué debo hacer? Mi corazón me dice que han de sobrevenir grandes trastornos en esta casa. En el empadronamiento figu-

ra Gabriela como mi esposa legítima. En todos cuantos documentos es preciso consignarlo, yo hago constar bajo firma y, por tanto, respondiendo de ello, que Gabriela es mi esposa y que ese pobre niño es de legítimo matrimonio. El origen de todas mis desgracias está en la fuga de mi mujer, de la infame Leonor y de ese personaje desconocido para mí, que me la robó. (Pausa.) ¿Será ese herido el autor de mi deshonra? ¡Cuán fácil fuera la venganza! No, no es posible. Eso sería una iniquidad y yo un asesino. Debo salvarle; después tiempo me quedará para vengar tanto ultraje si por acaso fuese él. Cumpliré con mis obligaciones y suceda lo que Dios quiera. ¡Primero mis deberes de médico... después, mis derechos de hombre! (Vase por el foro.)

CAE EL TELON

# ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón elegantemente amueblado. Puerta al foro y laterales Mesa, sobre la que habrá cartas y despachos telegráficos. Un timbre.

## ESCENA PRIMERA

RICARDO, DON ANTONIO; ambos visten de frac. El último lleva la cruz roja del Mérito Militar.

ANT. ¿Estás muy ocupado?

RIC. No; para usted siempre tengo todo el tiempo disponible.

ANT. ¿Qué haces?

RIC. Poca cosa. Leyendo estos telegramas que acabo de recibir.

ANT. ¿Más felicitaciones?

RIC. ¡Qué quiere usted!... Del que sube todo el mundo se acuerda. La mayor parte de los despachos son de condiscípulos que ahora me tutean y cuando íbamos á San Carlos apenas me saludaban. Después de estas felicitaciones telegráficas vendrán las cartas, y con ellas una serie interminable de peticiones. Todo el mundo sabe que Salazar, el prohombre del partido liberal, el actual Ministro de la Gobernación, me profesa una gran amistad.

ANT. Como que le salvaste la vida cuando cayó mortalmente herido en el desafío que tuvo con Bustamante.

RIC. Nada de eso. Mi maestro, el doctor Bonavide, que dió á la lesión una importancia que no tenía.

ANT. No seas tan modesto. Si te conozco muy bien. Si eres una notabilidad en todo. Verás, cuando vayas á las Cortes, pronunciarás buenos discursos y te aplaudirán todos los diputados. Alguna vez saldrá de la tribuna del público un aplauso muy fuerte... el mío. Será quizás el menos oportuno, pero desde luego afirmo no habrá otro más entusiasta.

RIC. ¡Cuánto me quiere usted!

ANT. Pero me lo pagas muy mal. Te he pedido que me dejes invitar á la reunión que tenemos hoy á mi amigo Rodríguez, y tú, á pesar de tu liberalismo y de tu democracia, dices que no puede venir.

RIC. Ya le presenté al jefe del partido.

ANT. Sí, y le han dado un alto empleo: Vocal del comité del barrio. Un hombre que se ha batido por la patria y que ha perdido su fortuna por la libertad, no puede ser ni alcalde de barrio. En cambio sigue siéndolo el de antes, un moderado que ha mudado de casaca por no perder la alcaldía.

RIC. Hay compromisos...

ANT. Sí; ya conozco tus excusas. Pero ahora no te valen. Te voy á pedir un favor muy insignificante, pero tienes que concedérmelo.

RIC. Concedido. ¿Será para Rodríguez?

ANT. Sí. Quiero que venga á ver estos salones antes de que empiece la reunión. Vendrá conmigo. Es cuestión de un momento; en seguida se irá.

RIC. Bueno, que venga.

ANT. Pero no se lo digas á Gabriela. Ella le tiene ojeriza. Dice que por él voy yo á la taberna.

RIC. Y no debía usted ir. ¿No tiene en casa de toda clase de vinos?

ANT. Sí; ¿pero qué cosa mejor que tomar una copita con un amigo? Vosotros vais al Casino, al Círculo del partido; la taberna es el Casino del pobre.

RIC. Pero un Casino de donde se sale muchas veces para el presidio ó el cementerio.

ANT. Cuando en esta última elección trabajabas por la candidatura del partido, no desdeñabas entrar en tales establecimientos. Es que en días de elecciones las tabernas se dignifican ó vosotros os rebajais.

RIC. Bien; que venga su amigo.

ANT. Gracias, y perdona lo que te he dicho.

RIC. Pero no se entretenga usted mucho. (Vase.)

## ESCENA II

DON ANTONIO, CONDE DE ORITO, BELTRÁN, BARÓN DE ASPE.

Don Antonio al salir, tropieza con el Barón y vuelve á escena.

BELT. ¿Dónde está ese pícaro de Ricardo?

BARÓN Eso; ¿dónde está?

ANT. Señores, que ustedes lo pasen bien.

CONDE No se vaya usted, don Antonio.

BARÓN Eso es; no se vaya usted.

BELT. Nos hace usted mucha falta.

BARÓN Y á mí sobre todo.

CONDE ¡Anda, anda y está de frac el bueno de don Antonio!

BARÓN Y tiene una cruz. Bien se conoce que su hijo, como él dice, es tan íntimo del Ministro.

ANT. ¡Eh!... poco á poco, caballerito. Esta cruz no se la debo ni á Ricardo, ni al Ministro, ni á ningún favor. Me doblo porque soy viejo; pero no me troncho ¿entiende usted?... Esta cruz es la del Mérito Militar. Y es la cruz roja, porque me costó mucha sangre...

BARÓN Sí, que regaría el suelo de la patria; es la frase de cajón.

ANT. Efectivamente; regué el suelo con mi sangre... para que después salieran tantas... calabazas. Ese es un contratiempo. Entonces luchábamos los hombres para asegurar una generación donde abundan tanto los... muñecos. Ya ve usted, salía de prisa para en-

contrarme con un hombre, y he tropezado con... una figura de biscuit.

BARÓN Esas palabras...

ANT. ¿Me va usted á pedir explicaciones? ¿Me va á dar la tarjetita? Pues yo no uso tarjeta. El que me quiera bien, conque le diga mi nombre tiene bastante; el que no me quiera, mejor es que se le olvide cómo me llamo, porque así no sabrá de quién hablar mal. Usted, que no sabe lo que es ganar el sustento ni lo que es ganar un título, cree que los demás no tenemos dignidad para llevar honores; pues conste á usted que el que ha sabido conquistar esta cruz sabe llevarla y responder á las agresiones ó á las bromas, contestando á los hombres como á hombres y despreciando á los niños que no han tenido tiempo de aprender educación y de saber respetar las canas ajenas.

BARÓN Una broma mía. . se enfada... y... pero don Antonio...

ANT. Está bien; si no me enfado. Si es que le advierto que yo no soy mendigo de cintajos. Los honores se merecen, no se postulan.

CONDE Bien... queda terminado el incidente.

ANT. Terminado. Pero ustedes me han detenido, y yo me permito preguntarles qué desean de mí.

BELT. Que nos dijera usted dónde está Ricardo.

ANT. Estaba aquí hace un momento.

CONDE Pero... ¿ha salido de casa?

ANT. No.

BELT. Entonces, bien. Vamos á buscarle á su cuarto de estudio.

CONDE Tenemos que felicitarle por su elección de diputado... y, además, recibir su felicitación.

ANT. ¡Hola! ¿También ustedes son padres de la patria?

BARÓN Todos, menos yo.

ANT. ¡Caramba!...

BARÓN Yo no he llegado á padre todavía.

ANT. No; no es fácil que llegue usted.

BARÓN Si Ricardo quisiera...

ANT. Difícil será la curación de ese impedimento.

BARÓN Conque él hable al jefe, es muy sencillo. En las elecciones parciales podría tener un acta por Puerto Rico. Es muy fácil: ponerme en el encasillado, y que el ministro de Ultramar lo ordene. De ese modo, ni me gasto en la elección, ni el triunfo es dudoso, ni tengo después que molestarme en escribir á los electores.

ANT. Y así consigue usted ser un perfecto diputado ministerial. Tener correo gratis, obedecer ciegamente los mandatos del Gobierno, decir sí ó no cuando se le ordene, aplaudir al amigo, censurar al adversario y ponerse en condiciones de escalar... (Movimiento de extrañeza en el Barón.) Esa es la palabra; puestos con los que usted sueña y no merece. En fin, no es usted el único ejemplar. No quiero que diga de mí que no hago lo que desea. Hablaré á Ricardo y hasta á Salazar... y será usted diputado. (El Conde y Beltrán felicitan al Barón.)

BARÓN Gracias, don Antonio. ¡Qué lástima que una persona como usted no quiera figurar en política!

CONDE Teniendo un talento tan claro...

BELT. Un conocimiento tan grande del mundo...

BARÓN Un...

ANT. (Interrumpiendo.) Basta de jabón. La política... siempre la he detestado. Por ella, Ricardo no visita ahora tantos enfermos; por ella, no estudia lo que estudiaba, ni viene á su casa á las horas de comer ni de descansar; por ella, se arruinará y perderá todo lo que ha ganado con su profesión, que es bastante, y todo lo que ha heredado de su tío, que es mucho más. La política no sirve más que para los que no tienen nada que hacer.

BELT. No todos los políticos son así.

CONDE ¡Bueno estaría el país!

ANT. Sí; el país está bueno. La libertad se ha convertido en licencia, el retrato en caricatura, la espontaneidad en desvergüenza. Las contribuciones suben, la miseria aumenta. Todos prometen hacer la felicidad de la na-

ción; pero salen unos malos y entran otros peores.

CONDE ¡Qué pesimista es usted!

ANT. Todo lo que ustedes quieran... En fin, basta de sermones. Yo tengo que hacer y dejo á ustedes. Hasta después.

CONDE Adiós, don Antonio.

BELT. Adiós .. Catón.

BARÓN Que no olvide usted mi encarguito. (Vase don Antonio por el foro. El Barón acompaña á Don Antonio hasta el foro.)

## ESCENA III

BELTRÁN, EL CONDE DE ORITO, EL BARÓN DE ASPE, después DON SEVERO por el foro

BELT. Es célebre ese don Antonio.

CONDE No hay que hacerle caso.

BARÓN A mí me conviene estar bien con él. Como yo sea diputado, me caso con Angelita, la hija de la condesa de Henares.

CONDE ¡Buena boda!

BELT. ¡Ya lo creo! La niña tiene una renta que no bajará de veinte mil duros.

CONDE Por supuesto, que si sale á la madre...

BARÓN Eso no me importa. Cuando me case con ella la ataré corto.

SEV. (Entrando.) Señores... Dios guarde á ustedes.

CONDE Ilustre don Severo...

BELT. Ayer ví á usted...

SEV. ¿Dónde?

BELT. En el tribunal. Se celebraba la vista de la causa de aquel que mató á su mujer en la calle de la Esgrima.

SEV. ¡Ah, sí! No era asunto mío. Iba á defenderle por un compañero. Ya el ejercicio de la abogacía me hace poca gracia; lo que quiero es volver á mi panteón, al Consejo de Estado, y por eso vengo aquí.

BARÓN Vamos á saludar á Ricardo.

CONDE Sí, vamos. Venga usted con nosotros, don Severo. (Al ir á pasar don Severo, le ceden el paso.)

BELT. Pase usted, ¡primero la justicia!
SEV. ¡Gracias!
BARÓN ¡Paso al futuro consejero! (Vanse primera derecha. Don Antonio y Rodriguez, éste vestido de artesano, salen por el foro y cruzan la escena. Al tiempo de salir los ve un criado que pasa y detrás de él la Condesa y Angelita.)

## ESCENA IV

LA CONDESA DE HENARES, ANGELITA y un CRIADO

CRIADO Pasen por aquí las señoras.. Supongo que estará en esta habitación... No está aquí, señora Condesa.
COND.ª Pero esta Gabrielita, ¿dónde se habrá metido?
CRIADO (¿Quién será ese hombre que ha venido con don Antonio?) ¿Quieren las señoras esperar aquí y que anuncie su llegada al señor?
ANG. Como usted quiera.
COND.ª No; quiero felicitar antes á la señora.
CRIADO La señora ha salido, pero no tardará en volver.
COND.ª Entonces, esperaremos aquí.
CRIADO (Avisaré al Baroncito; con eso tendré propina.) (Vase.)

## ESCENA V

CONDESA, ANGELITA. Después BARÓN DE ASPE, por la derecha

COND.ª ¡Cómo ha prosperado este doctor, hija mía!
ANG. Es un hombre extremadamente simpático.
COND.ª Lo que es tú, bien puedes decir que le debes la vida.
ANG. Y se la daría si él me la pidiera. Créeme, mamá, tengo envidia á Gabriela; sería sumamente feliz siendo la esposa de un hombre como Ricardo. ¡Qué alma tiene!
COND.ª ¡Y qué cuerpo! Vamos, es un hombre.
BARÓN (Saliendo.) Señora Condesa .. Angelita...

COND.ª Barón... (¡Vamos, que llamar Barón á esto!)

ANG. ¿Conque salió usted derrotado?

BARÓN Sí, Angelita. Es una burla infame la que conmigo han tenido. Prometerme el apoyo del Gobierno y luego dejar que me reviente el candidato de oposición..

COND.ª ¿Ha tenido usted muchos votos?

BARÓN ¡Veintisiete! Pero yo creo que me han robado la mayor parte de los sufragios. Sí. Veintisiete votos, yo. Yo, el Barón de Aspe, que soy dueño de casi toda aquella comarca... tener esa votación. Me han vendido; eso es una infamia. Así se paga la consecuencia política.

COND.ª ¿No era usted de los amigos de Bustamante?

BARÓN ¿Yo? ¿De ese... veleta político? ¿De ese espadachín sin educación?... ¡De ningún modo!

ANG. No decía usted eso, antes.

BARÓN Perdone usted, Angelita... Yo no he sido nunca Bustamantista. Es verdad que iba á la tertulia...

COND.ª Hace usted bien; así se medra.

ANG. Recibimos el ejemplar que usted nos mandó de su discurso. ¡Qué bonito asunto! «Derechos de los hijos ilegítimos.»

BARÓN Desenvuelvo un gran problema jurídico y social.

ANG. Pero es usted muy radical en sus indicaciones.

COND.ª Casi combate la existencia de la familia.

ANG. Aquello de dar tantos derechos á los hijos nacidos fuera del matrimonio...

BARÓN Sí; sí, señora... por darles algo. ¡Qué quiere usted!... ¿Los había de matar?... (Si se meten en honduras me revientan.)

ANG. Y es usted poeta. Tiene el discurso párrafos de verdadera poesía. A mí me ha gustado mucho.

BARÓN Gracias, mil gracias.

ANG. Le he leído varias veces; algunos párrafos me los sé de memoria. ¿Se acuerda usted de aquello que dice... «se investiga todo. Los fundamentos sociales son tales fundamen-

tos, porque están discutidos y analizados. Buscamos la razón de todas las cosas, y en cambio queremos quede en tinieblas todo lo que afecta al matrimonio y las sucesiones. Un simple documento, producto del error de un momento, quizás de la mala fe, crea una paternidad; no obstante, ni la voluntad del marido y de la mujer, perfectamente unánimes, razonada y lógicamente conformes, pueden quitar á un hijo su falsa filiación...» La materia es preciosa... y está muy bien tratada.

COND.ª Parece mentira que lo haya escrito usted.

BARÓN (Picado.) Gracias, Condesa.

COND.ª Ya sabe usted que soy muy franca. Si me dijeran: el Barón de Aspe ha matado en duelo á uno, diría... no lo creo; si me dijeran, ha defendido bien un pleito, contestaría... tampoco lo creo. Ahora, si me dijesen, ha dirigido admirablemente un cotillón, ha inventado una nueva figura para los rigodones, ó ha descubierto una nueva esencia para el pañuelo, diría, lo creo, lo creo...

ANG. ¡Quién sabe!... Bajo una mala capa se oculta un buen bebedor... sin decir por eso que el exterior de usted sea malo.

BARÓN Gracias. (La chica me quiere; no lo puede disimular.) Y diga usted, Angelita; cuando leía usted mi discurso tantas veces, ¿pensaba en el autor?...

ANG. No... francamente.

COND.ª Al leer ese discurso sobre los hijos ilegítimos, á no ser una niña, hubiera pensado... en la Inclusa.

BARON (Me están tomando el cabello.)

## ESCENA VI

DICHOS. SOFÍA, CRIADO por el foro

CRIADO Pase la señora, que ahí están la señora Condesa de Henares y su hija. (Vase Criado.)

SOFÍA (Entrando.) Condesa... ¿Cómo va?

COND.ª Bien; ¿y usted, Sofía?

SOFÍA Perfectamente. Angelita cada día más hermosa.

ANG. Gracias; es favor. (Sofía y Condesa se retiran á un lado, Angelita y Barón quedan á otro.)

SOFÍA He oído decir que la niña se casa con el Baroncito.

COND.ª No haga usted caso.

SOFÍA Eso quisiera él. Está á la cuarta pregunta. El otro día le vendieron unas tierras que tenía cerca de Alcalá de Henares. Me lo ha dicho don Severo.

COND.ª Y apropósito de don Severo. ¿Cuándo se casan ustedes?

SOFÍA Nunca, hija mía. Si no hay nada entre nosotros más que una buena amistad. Don Severo nos hizo en vida de mi pobre Galán un gran favor. Galán tuvo una desgracia siendo empleado de Aduanas en Cuba... ya lo habrá usted oído... Le formaron expediente y como don Severo era visita de casa... y el Jefe de Hacienda que formó el expediente... salió bien Galán. Fué un acto de justicia, pero no por eso menos digno de agradecimiento; porque la justicia está...

COND.ª Como todo, hija mía.

SOFÍA Yo vivo sola mucho mejor. El pobre Galán me dejó una rentita con lo que *ahorró* (Recalcado) siendo vista de Aduanas. Si no hubiera padecido despues gota serena, mejor hubiera quedado. (Siguen hablando.)

BARÓN Es usted muy esquiva, Angelita.

ANG. Nada de eso. Usted me asegura que ha escrito ese discurso y yo me permito dudarlo. Pruébeme usted, refutando en otros, las teorías que ha expuesto en el impreso, y entonces...

BARÓN ¡Quién tiene tiempo para ello!...

ANG. Es verdad; está usted ocupadísimo; yo no lo estoy, así es que leo hasta la *Gaceta*.

BARÓN (¡Diablo! ¿Habrá leído lo de la venta de las tierras?)

ANG. Si hubiese nacido hombre, hubiera sido abogado. (Siguen hablando.)

COND.ª Pues todo el mundo diría que don Severo y usted eran novios.

SOFÍA Pues todo el mundo se equivocaría. A mí no me agradan los abogados que ejercen poco, ni los consejeros... pasivos. Por mi gusto me casaría con un gimnasta.

COND.ª ¡Qué atrocidad!

SOFÍA Y á propósito de bodas, ¿sabe usted quién se casa?

COND.ª ¿Quién?

SOFÍA La generala.

COND.ª ¿La viuda... sin ejercicio?

SOFÍA Sí.

COND.ª ¿Con el ayudante de su marido?

SOFÍA No.

COND.ª Parecía lo natural después de lo que pasó en vida del general...

SOFÍA Pues por eso.

COND.ª ¿Y quién es el... aventurado?

SOFÍA Tejada, el hombre bonito.

COND.ª ¿Sí?... (Con marcado interés.)

SOFÍA El pollo Tejada. ¡Y es gracioso!... Dicen que para casarse con la generala le ha dado un sablazo á una dama de la aristocracia.

COND.ª ¡Qué poca vergüenza!

SOFÍA ¿La de ella? (Con sorna.)

COND.ª No; la de Tejada. ¿Y se sabe quién es ella? (Con miedo.)

SOFÍA No; pero pronto lo averiguaré.

COND.ª (Rápido.) No; no se ocupe usted de esas cosas, Sofía. (Yo veré á Tejada.)

SOFÍA Pues aun sé otras noticias, que le diré en secreto.

COND.ª ¿A ver, á ver? (Siguen hablando.)

BARÓN ¿Esa es la condición?

ANG. Esa. Las mujeres siempre ponemos una para ser amadas ó para dejarnos amar. Antes era la victoria en un torneo, más tarde un premio en los juegos florales, hoy un acta de diputado. Lo primero se debía al valor, época guerrera; lo segundo al talento, época romántica; lo tercero... ¡qué sé yo! tal vez á la osadía; período de decadencia.

Mientras no sea usted diputado á Cortes no vuelva á hablarme de amores.

BARÓN ¿Y si lo soy?

ANG. Séalo usted, que después veremos.

## ESCENA VII

DICHOS, GABRIELA, que entra con DON ANTONIO por el foro

GAB. (Entrando.) Condesa... Sofía... Angelita... tanto bueno por esta casa. ¡Ah!... Barón, ¿cómo está usted?... Bueno, ¿eh? Si hubiese tenido noticia de tan agradables visitas, no hubiera salido de casa. ¿Y á qué debo la dicha?...

COND.ª Yo he venido á felicitar á usted y á Ricardo por el resultado de las elecciones.

GAB. Gracias, Condesa.

SOFÍA Y yo lo mismo.

BARÓN Pues con igual objeto hemos venido muchos amigos de Ricardo.

COND.ª Me han dicho que ha tenido usted muy buenos regalos hace pocos días.

GAB. Sí, me han traído una marina de Monleón... cosa preciosa; una pareja de palomos... notable... del pobre Lengo. Mi casa es un museo. En alhajas tengo un capital. Ricardo es tan buen médico y tan afortunado, que no sólamente le pagan bien sus honorarios, sino que además le hacen, ó me hacen, muchísimos regalos.

BARÓN Y á propósito de obsequios, ¿recibieron ustedes el ejemplar de mi discurso?

GAB. (Con tristeza ) Sí, señor.

BARÓN ¡Soberbia encuadernación!

GAB. ¡Es un trabajo notable! ¿Quieren ustedes que veamos lo nuevo que hay en casa?

COND.ª, SOFÍA, ANG. Sí, sí.

GAB. Pues entonces, vamos. (Vanse las cuatro por la segunda izquierda.)

BARÓN Don Antonio... don Antonio...

ANT. ¿Qué hay?

BARÓN De usted depende mi fortuna, mi felicidad.

ANT. ¿De mí?

BARÓN Sí, señor. Angelita no se casa conmigo mientras yo no sea diputado á Cortes. Ya vé usted... Yo estoy tronado, ella tiene veinte mil duros de renta, y si se muere su madre...

ANT. Se quedará huérfana.

BARÓN No..

ANT. ¿Que no se quedará huérfana?

BARÓN Digo, que muriendo la condesa, heredará casi otro tanto. En usted estriba mi posición... Hable usted á Ricardo... á Salazar. que yo sea diputado, aunque sea provisionalmente, aunque sea con todas las condiciones del mundo. Créame usted, don Antonio, se lo juro por la cruz que lleva puesta.

ANT. ¡Eh!... no emplee cosas tan altas como garantía de cosas tan pequeñas. Basta. Si en eso consiste su felicidad, será usted feliz. Le compraremos á usted la mujer, ó le venderemos á usted, ó traficaremos con un acta... No sería la vez primera... pero aunque me repugna, mi palabra es palabra. Usted será diputado, aunque sea por la China.

BARÓN Gracias.

ANT. Y para que usted vea, vamos á hablar ahora mismo con Ricardo Pero antes dos palabras. Con franqueza, ¿es usted el verdadero autor del discurso del doctorado?

BARÓN Con franqueza... no señor.

ANT. Me lo figuraba.

BARÓN Me lo ha hecho un condiscípulo mío. Pero yo he conseguido para él un destino de seis mil reales en Fomento.

ANT. Es usted muy generoso. (Vanse primera izquierda.)

## ESCENA VIII

LEONOR, que viste modestamente, y un CRIADO por el foro

CRIADO — Le digo á usted, señora, que estas son horas muy intempestivas. El señor tiene en este momento infinidad de visitas.

LEO. — Lo comprendo, pero me es urgente verle. Dígale usted que se trata de una pobre madre á quien se le está muriendo un hijo... ¡Por Dios, llámele!...

CRIADO — Bien, iré; pero me expongo á ser despedido de la casa. (Vase primera derecha.)

## ESCENA IX

LEONOR; después RICARDO por derecha. Ligera pausa, durante la cual, Leonor se sienta y se levanta con la mayor impaciencia, se echa el velo por la cara y se le levanta. Por fin, cuando viene Ricardo, está de pie y con la cara descubierta

RIC. — ¡Leonor! ¿Tú aquí?... (Ademán de despedir al criado.)

LEO. — Yo soy, Ricardo.

RIC. — (Corre hacia ella, la sugeta con las manos la garganta como para ahogarla y la suelta.) ¡Infame!. . Morirás á mis manos... ¡Ah!... (Movimiento como de sentir una fuerte punzada en el corazón.) ¿Por qué cuando tenía alientos para matarte no te encontré en mi camino, y ahora te hallo, cuando no tengo valor para hacerte daño, cuando ni te amo ni te odio, cuando me das lástima?... ¿A qué vienes aquí?... ¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué, después de rodar por alfombras que matizaba el vicio y de caer en brazos de cien amantes, hasta llegar al que te vendió y abofeteó, vienes á buscar los de éste, que te los dió ante el altar, como sin saberlo te había dado el alma, aunque no creía en ella, sin duda porque la tenías tú?... ¿Por qué, después de rodar desde el

palacio de la entretenida al lupanar de la meretriz, vienes á esta casa, donde habita un marido escarnecido por tí, pero honrado y digno?...

LEO. Haz lo que quieras, Ricardo. Desahoga en mí tu cólera, mátame... Pero salva á mi hijo.

RIC. ¿Eh?... ¿Te atreves á nombrarme tu hijo, el hijo del crimen, el fruto del adulterio?... ¡Y quieres que le salve!... Dámele, dime dónde está; verás... le haré trizas, le estrujaré, le desharé entre mis manos, y, así... así .. yo, apretando, apretando, le soltaré al suelo, magullado, muerto, aniquilado, deshecho, para que no puedas ni aun contemplar la figura de aquel engendro, ni dar el último beso á tu hijo. . ¿Pero es que tú que no has tratado en estos años de tu vida mas que mancebas sin pudor, Celestinas asquerosas, viejos lúbricos; crees que el mundo es como lo que has visto? ¿Piensas que tu marido es uno de esos rufianes con quienes has tratado?...

LEO. Insulta, dí lo que quieras. De mí puedes hacer lo que te parezca... pero salva á mi hijo... Yo jamás había amado á nadie... ¡ni á tí, á quien debía amar! El acaso me hizo madre... sufrí mucho... perdí casi toda mi belleza, decaí en el mercado de la lascivia; pero entonces fué cuando mi corazón dió señales de vida. . Mi hijo es mi amor... mi existencia toda. Se muere... porque tiene anemia cerebral... se muere por la miseria... Tú, que curaste la anemia á esa mujer, cúrala á mi hijo. Si mi hijo se salva, nada te pediré, no volverás á verme; yo trabajaré para él; él no necesita más que á su madre. Pero. . ¡sálvamele!... Dime qué es lo que ha de tomar .. Dame la receta... no le veas... dame una limosna... pero, ¡por Dios, Ricardo! ¡Te lo pido con lágrimas en los ojos . y no he llorado nunca!

RIC. Nada, imposible. Yo demostraré con ese hijo el adulterio de su madre; yo haré que

mueras en un presidio. Calcula tú si la mancha que sobre mí arrojaste es grande, que me ha llenado de cieno el corazón.

LEO. ¿Y eres tú el que habla de adulterio?.. ¿Y eres tú quien me amenaza con el presidio?... Pues esa mujer que vive contigo, ¿quién es? Tu manceba. Lo era antes de que yo te abandonase.

RIC. (Con energía.) Eso no...

LEO. Yo iré á presidio, pero tú también irás. Tú has falsificado documentos haciendo pasar á esa mujer por esposa tuya. Ella ha usurpado un estado que no la corresponde. Yo tengo un hijo del adulterio... pero tú, ¿no tienes otro tan ilegítimo como el mío? Yo entregué mi cuerpo, pero tú has dado á esa mujer el alma. Esa mujer ocupa un puesto que yo he abandonado, sí, pero que ella no tiene derecho á ocupar. Yo no he ocultado nunca lo mala que he sido... sino para no hacer tan grande tu deshonra. Ante todo el mundo pasas por bueno y por honrado y yo soy una perdida. El mismo pecado hemos cometido, pero tú has sido hipócrita y yo he dado escándalo. ¿Te he molestado nunca?... Te he visto mil veces y jamás me he acercado á tí. En los teatros huía en en cuanto te veía, no por sentir yo nada, sino porque tú no sufrieras. Y ahora me amenazas y te niegas á concederme lo que te pido... Pues bien; tú lo has querido, sea. Ahora mismo daré el escándalo; se enterarán tus amigos, el mundo entero, de que esta perdida á quien todo Madrid conoce es tu mujer legítima, que esa... santa es tu manceba. ¿Quieres guerra?.. ¡pues guerra!... ¿Escándalo?... ¡Pues escándalo!...

RIC. ¡Calla, por Dios!... Yo salvaré á tu hijo.

LEO. Es el único recurso que me queda. He llamado á muchas puertas y todas están cerradas... ¡aun las del Hospital!... He venido á tí como recurso extremo... ¡si estaré dispuesto á todo!... Dame dinero, no sé cuanto... lo bastante para que pueda llevar á mi hijo á

un país templado donde tome alimentos buenos y respire aire puro... Dame dinero. Si me hace falta más para conseguir la salud de mi hijo, yo te lo pediré sin que nadie se entere, pero... ¡sálvame ahora al hijo de mi alma!

RIC. No tengo dinero, Leonor.

LEO. ¿Cómo? ¿Te niegas?

RIC. No... Es que no tengo dinero en mi poder... Mañana te lo daré, lo pediré, lo sacaré del Banco...

LEO. Excusas para echarme... Ahora mismo lo necesito. ¡El dinero ó todo se descubre!

RIC. Gabriela lo tiene y no puedo ahora pedírselo.

LEO. Mañana es tarde... ¡ahora!

RIC. ¡Ah!... Espera... espera y guarda silencio. (Vase segunda derecha.)

## ESCENA X

LEONOR

¡Ah! ¡Si las mujeres que van á caer vieran qué hondo y qué negro es este abismo!... ¡Si supieran qué bueno es ser honradas!...

## ESCENA XI

DICHA. RICARDO

RIC. (Saliendo con una caja ó estuche grande.) Toma... ahí tienes esa caja... son alhajas de Gabriela; son las mejores... valen un capital. Con ellas te remediarás durante algunos años .. Pero márchate.

LEO. (Coge la caja.) La receta.

RIC. Pero, Leonor... tener que salvar yo á tu hijo...

LEO. Es lo que me importa.

RIC. Tú lo quisiste... sea. (Saca una cartera, arranca una hoja y escribe en ella.) Ahí tienes la receta.

LEO. ¿Será para que mi hijo?...

RIC. Lleva mi firma.

LEO. Adiós, Ricardo. Ya no nos volveremos á ver más en la vida.

RIC. Adiós, Leonor. Cuida á tu hijo, que es lo que solo te resta amar... (Vase Leonor por el foro.) ¡Hijo de mi vida!... ¡Gabriela!... ¡Por vosotros he sido tan cobarde!

## ESCENA XII

RICARDO, DON ANTONIO, BARÓN. Después GABRIELA, ANGELITA, SOFÍA, CONDESA. Ultimamente DON SEVERO, CONDE, BELTRÁN y CRIADO. Las mujeres entran por la derecha y los hombres por la izquierda

ANT. ¿Dónde diablos te has metido que no te se encuentra por parte alguna?

RIC. Estaba aquí...

ANT. Estás de mal semblante, agitado... ¿qué te pasa?... ¿Te ha repetido el ataque?... ¿Qué tienes?

RIC. Nada...

BARÓN Yo lo sé. Como es la vez primera que sale diputado... es natural... A mí me hubiera pasado lo mismo. Mata tanto una alegría como una pena. Si viera usted qué disgusto tuve yo cuando mi derrota... Gracias á que ahora... (¡No me hacen caso!)

GAB. (Saliendo.) Ricardo... esto es inicuo... ¡Nos han robado! ..

ANT. ¿Qué es eso? (Salen don Severo, Conde y Beltrán.)

GAB. Todas mis mejores alhajas han desaparecido.

RIC. (¡El escándalo, Dios mío!)

SEV. Hay que dar parte al juzgado de guardia.

BARÓN Yo iré. (Al salir entra el Criado.) Aquí está el criado.

SEV. En esta casa acaba de cometerse un robo, y es preciso que se descubra. Por de pronto usted, como criado, queda detenido.

COND.a ¡Muy bien hecho!

SOFÍA ¡Que energía!

CRIADO Pero...

SEV. Se inmuta... un indicio...

CRIADO Pero es que yo casi sé quién ha sido.

SEV. Sí, ¿eh? Otro indicio.

CRIADO En casa no han entrado más que los señores... y un hombre mal portado, mal encarado; le he visto entrar pero no salir. Ese hombre á la fuerza es el ladrón.

COND.ª ¿Quién?

ANG. ¿Quién?

GAB. Hable usted. (1)

CRIADO Uno que venía con don Antonio.

ANT. ¡Eh!... ¿qué dicen? Conmigo venía Rodríguez, y ese es incapaz de robar nada á nadie... ¡Es un hombre honrado! No se ha separado de mí un momento .. El que calumnie á Rodríguez me falta á mí...

GAB. Bien decía yo que ciertas amistades...

ANT. ¿También tú?... ¿Eres capaz de dudar de mis amigos?... ¡Oh!... ¡qué sospecha!... También dudáis de mí... yo le acompañaba, él robó... luego...

SEV. Hay que prender á ese Rodríguez... Bien decía yo, que los indicios...

ANT. Luego yo soy ladrón... luego yo soy criminal... A mis años ¡esta ofensa!... (Cae en un sillón.)

RIC. ¡Alto! Nadie avise al juzgado. No hay que dudar de la honradez de nadie. Aquí no hay más ladrón que uno... y ese soy yo... Tengo una querida... sí, sépanlo ustedes, una querida, y venía á pedirme dinero. Yo no tenía, ella me amenazaba con un escándalo; mi mujer se iba á enterar... ustedes... estaban ahí. Como un ladrón cogí un hierro, salté la cerradura, tomé una caja y se la entregué á esa mujer... ¡Eso es todo!

ANG. ¡Jesús!

COND.ª ¡Qué inmoral!

SOFÍA Un hombre que no se daba á partido.

RIC. Sí; asómbrense ustedes. Yo soy el malo, el

---

(1) Sofía.—Angelita.—Condesa.—Gabriela.—Criado.—Don Severo.—Ricardo.—Don Antonio.—Beltrán.—Conde.—Barón.

réprobo. Todos los que están aquí son unos santos. El vicio es el escándalo, la virtud consiste en la hipocresía. (Condesa, Sofía y Angelita rodean á Gabriela y tratan de consolarla. Conde, Don Severo, Barón y Beltrán forman un grupo a otro extremo asustados de lo que oyen. Criado en un rincón espantado. Don Antonio queriendo incorporarse.)

CAE EL TELON

# ACTO TERCERO

La escena representa un gabinete lujosamente amueblado. Puerta al foro y laterales. Una mesa á la izquierda. Un timbre

## ESCENA PRIMERA

GABRIELA, RICARDO

GAB. Es inútil que hablemos, Ricardo. Después del escándalo de esta mañana, nuestra separación es inevitable. ¡Dar mis alhajas á una querida que tiene la desvergüenza de venir á esta casa; callarse cuando se suponía que las habían robado para declarar después delante de todo el mundo que se las habías entregado á una perdida!...

RIC. ¡Oh!

GAB. A estas horas sabe todo Madrid lo que ha ocurrido, y estoy haciendo un papel sumamente ridículo.

RIC. Pero, Gabriela, ¿tú crees que con la separación vamos á conseguir algo bueno?

GAB. Yo no puedo vivir á tu lado. Eres un hombre indigno de ser querido.

RIC. Pues bien, Gabriela, yo quería ocultártelo por no darte un disgusto mayor aún... Tus alhajas se las he entregado á Leonor...

GAB. ¿A tu mujer? ¡No lo creo! Eso no puede ser. La hubieses matado; te conozco. Ella no hubiera tenido valor para acercarse á tí.

RIC. Créelo, ó deja de creerlo, poco me importa, te digo la verdad.

GAB. También me decías que era verdad había muerto.

RIC. Por eso, antes de que la gente pudiese pensar de tí, quise echar sobre mí toda la culpa. ¿Qué importa que el mundo crea que soy malo si tú sabes que no es cierto? Figura cómo te he ofendido y que me perdonas. Tú quedas bien. Yo nada pierdo por eso.

GAB. No, Ricardo, no puede ser. No lo creo.

RIC. Has creído cuando por tu tranquilidad te engañaba. Ahora que te digo la verdad no me crees.

## ESCENA II

DICHOS, SALAZAR, UN CRIADO

CRIADO ¡El señor Salazar! (Vase.)

RIC. (Saliendo al encuentro de Salazar, que entra por el foro.) ¡Querido jefe!

SAL. ¡Amigo mío! ¿Cómo está usted, señora?

GAB. Bien. ¿Y usted?

SAL. Perfectamente. Desde que he conocido á su esposo no me duele nada. Tengo tal confianza en él, que solo con verle me pongo bueno. A él debo la vida y la salud. (Aparte.) (Vargas, tenemos que hablar.)

RIC. Gabrielita, si quisieras dejarnos solos un momento... Tenemos que hablar el jefe y yo.

GAB. Nunca quise pecar de importuna. Salazar, hasta después.

SAL. A los pies de usted, Gabriela. (Vase Gabriela por la derecha.)

## ESCENA III

RICARDO y SALAZAR

SAL. Estoy muy enfadado con usted, Ricardo. Acabo de saber una noticia que corre por todo Madrid y que perjudica mucho su buen

nombre y su reputación. Comienza usted á vivir en política, y es preciso dar ejemplo en la vida privada. Usted, un hombre casado con una mujer que es un ángel, con un hijo que es una bendición, permitirse tener una querida tan descocada, que tiene valor para ir á pedir dinero en casa de su amante... Ricardo, esa conducta merece mis mayores censuras.

RIC. Comprendo que he hecho mal..

SAL. ¡Y qué mujer! Ya se ha averiguado quién es. ¡La furia!

RIC. ¡Hasta tiene apodo!

SAL. ¡Claro! Si es la mujer más perdida que puede darse.

RIC. ¡Oh, lo había oido decir y lo dudaba! Ahora veo que mi deshonra es más grande de lo que creía.

SAL. Pero, ¿qué dice usted?

RIC. Sí... usted lo sabrá: tengo necesidad de decírselo... si no... me ahogaría, se me saltaría el corazón. Esa furia, esa perdida, esa miserable, es... mi esposa legítima.

SAL. ¿Está usted loco, Ricardo?

RIC. Ojalá lo estuviese: qué pensar sin razón, es sufrir á medias, si lo que se piensa es tan horrible como lo que á mí me sucede. Esa mujer se casó conmigo... la dí mi nombre, un nombre desconocido, pero... ¡qué honrado! Me abandonó, huyó en compañía de no sé quién, de alguien tan canalla, bajo y rastrero, que sólo pudo hallar su goce amasando la desdicha ajena, de alguien que sólo podía amar lo lascivo. Algunas veces dudé de usted; perdóneme por ello; cuando le curaba, pasaban por mi cerebro negruras de traición, de ensañamiento, que disipaban mi amor á la ciencia, mi dignidad profesional. Quería curarle, no por idea de humanidad, sino para reparar la afrenta como la reparan los hombres, frente á frente... Me he convencido de que usted no fué el autor de mi deshonra... tengo mis sospechas en Bustamante...

SAL. Pues, bien: él mismo lo ha dicho; Bustamante fué...

RIC. ¡Ah! ¡Fué él! ¡Causó él... miserable... esa herida tan honda, tan grave que yo curé en usted, y esa otra herida más honda, más grave que en mí causó!. . ¡Ah, mal nacido!... ¡Ladrón repugnante, mil veces maldito! ¡Tantas veces á tu lado, tantas veces cerca de tí y no he podido ahogarte!... ¡Miserable, miserable! ¡Maldito, maldito! ¡Y nadie me lo ha dicho, todos se han callado!. .

SAL. ¿Quién sabía que fuera usted el marido de esa mujer?

RIC. Yo me vengaré y usaré un arma que entre en su propio pecho... y llene de sangre mi mano.

SAL. Cálmese usted, Vargas.

RIC. ¡Calmarme yo!... Si lo que siento es no poder en una sola frase decir todo lo que pienso. Si quisiera ser un Titán de la desvergüenza, para arrojar sobre ese hombre inmensidades de fuego y de ira que lo pulverizaran y lo aniquilasen. Quisiera desgarrar como el león, herir como el tigre, picar como la víbora, para caer sobre su cuerpo y tomar su sangre, que siendo tan mala, aún la haría peor mi sed de venganza, para que fuese su padecimiento peor que mis infortunios y más largo que la agonía de un náufrago.

SAL. Arroja usted sobre él todo el contenido de su ira, sin pensar que ella es principalmente culpable.

RIC. No, mi querido Salazar. La mujer, por mala que sea, nunca procede por egoismo. Hay en ella siempre algo que la ennoblece. La mujer, cuando cae, es porque ama mucho ó porque no habiendo amado la seduce lo desconocido, creyendo que en ello ha de encontrar lo que la falta. La mujer peca por curiosidad; el hombre por convencimiento del mal. Ella cesa en el mal cuando se arrepiente; él cuando se cansa. ¿Qué más podía hacer Leonor que dar al traste con cuanto tenía, dignidad reposo?... ¿Y él que daba?

Una concupiscencia de placeres, cuanto más ansiados más cercanos del hastío. Ella era mi tesoro, él el ladrón; por eso á él le maldigo y á ella la perdono.

SAL. ¡Pobre Ricardo!

RIC. ¡Y tan pobre! No tengo espíritu para nada... No he podido consumar mi mala obra. Soy tan mezquino que lo que otros pueden dar a sus hijos, yo no puedo dar al mío: un nombre. Ese pequeño, que es la delicia de este hogar, no puede llevar mi nombre.

SAL. Consulte usted el caso con el Barón de Aspe, que es un jurisconsulto muy ilustrado.

RIC. Ilustrado, sí; como los postes del telégrafo, tiene aisladores en la cabeza, y pasan las ideas por su cerebro sin que él las note.

SAL. Pero consultando á otros. . estudiando el caso podría darse el nombre á ese niño.

RIC. No me replique usted. No le llevará, lo sé... ¡Cuando es mío... mío! Y la ley cambia y varia y mi hijo no cambiará; siempre será ¡adulterino! Cuando sea mayor y lea su partida de bautismo, ¡padrón de ignominia el testimonio de un Sacramento! ¿qué pensará de sus padres? Yo que me acuerdo siempre de los míos y no dudo que estén en la gloria, porque si á ella no hubiesen ido por sus merecimientos la hubieran conquistado por mis oraciones... Cuando mi hijo se acuerde de mí... en vez de rezos, maldiciones... Más vale que no lleve mi nombre, porque le arrastraría como arrastra un grillo el galeote.

SAL. Vamos, serénese usted. Esa mujer no vivirá siempre.

RIC. ¿No? Mucho más que yo... ¡Si la he deseado la muerte!

SAL. Confíe en Dios.

RIC. ¿En Dios? No quiero blasfemar.

SAL. Confíe en la justicia.

RIC. ¿En la divina? Solo de ella espero el castigo que merezco.

SAL. En la justicia humana, que es reflejo de la divina.

RIC. Sí, un reflejo que pasa por un cristal negro.

SAL. Vaya... Ricardo... usted agrava su situación... vamos á dar un paseo por el jardín, que se despeje esa cabeza. (Toca un timbre y aparece un Criado.)

CRIADO Señor...

SAL. Si viene alguien, que no está don Ricardo.

CRIADO Está bien.

RIC. Sea quien sea, no quiero ver á nadie; que hablen con la señora. (Vanse Ricardo y Salazar por la izquierda.)

CRIADO Está bien. (Vase por el foro.)

## ESCENA IV

GABRIELA, después BARÓN. Pausa. Por la derecha.

GAB. Ricardo... No está aquí. Tiene razón. Le buscaré para reconciliarnos.

BARÓN (Por el foro.) ¿Da usted su permiso, señora?

GAB. Adelante.

BARÓN Sentiría mucho ser importuno.

GAB. Usted no lo es nunca.

BARÓN Gracias. Mucho me ha costado venir á dar este paso, pero de su buen resultado depende mi futuro bienestar. Don Antonio me dió palabra de hablar á su esposo, y no me la cumple. Ahora dice que le deje en paz, que está muy disgustado. Ocasión como esta no se presenta. Han muerto dos Diputados electos y quedan vacantes dos distritos. ¿Querría usted hablar á su esposo para que me encasillara?

GAB. Si no desea usted más que eso, será usted servido.

BARÓN Gracias, señora. También traigo un encargo de la viuda de Galán; ¡como ella me está trabajando á Angelita!...

GAB. ¿Y qué desea Sofía?

BARÓN Que se coloque á Don Severo... ahora va á haber vacante, porque se está muriendo uno de los consejeros de Estado.

GAB. Diga usted á Sofía que haré la recomenda-

ción con verdadero empeño. ¿Quiere usted algo más?

BARÓN Nada. Que en vista del interés que ustedes se han tomado por mi discurso les traigo varios ejemplares del mismo.

GAB. Muchas gracias.

BARÓN Con permiso de usted, señora, me retiro. Voy á casa de la marquesa de Jaramago, porque allí podré ver á Angelita... ¡Qué feliz, qué feliz me hace usted, porque me casaré con ella! (Vase por el foro.)

## ESCENA V

GABRIELA. Después CRIADO y LEONOR por el foro.

GAB. Tiene razón; sólo una persona puede ser feliz por medio del matrimonio.

CRIADO Pase usted, señora.

LEO. No es Ricardo; yo sólo deseo ver al señor.

CRIADO Es lo mismo; el señor ha dicho que venga quien venga que hable con la señora.

GAB. (Que ha estado distraída hojeando uno de los discursos que dejó el Barón.) ¿Qué es eso?... ¿Viene usted á buscar á mi esposo?

LEO. (¡Su esposo!)

CRIADO Señora, el señorito ha dicho que si venía alguien que hablase con usted.

GAB. Pues entonces diga usted lo que desea. Retírese usted. (Al Criado; este se va.)

LEO. Es cuestión reservada y que solamente podemos tratar Ricardo y yo.

GAB. Don Ricardo, querrá usted decir.

LEO. Ricardo he dicho, sabiendo lo que decía.

GAB. ¿Y usted qué derecho tiene para tratar tan llanamente á mi esposo?

LEO. Más que usted.

GAB. ¿Más que yo?

LEO. Sí; soy su mujer.

GAB. Usted... ¿Usted es Leonor?

LEO. Sí.

GAB. ¿Y tiene usted valor de presentarse en esta casa?

LEO. Vengo en son de paz. Me ha dado su espo-

so... de usted, mi marido, esta caja que contiene alhajas.

GAB. ¿Luego Ricardo decía la verdad? (Como hablando consigo misma.)

LEO. ¿Se lo ha dicho todo?

GAB. Sí.

LEO. Pues bien: he ido á empeñar algunas joyas, y como todo el mundo sabe que ya no puede haber quien me las dé, sospechan si serán robadas. Por mucho favor, me han dado en una casa de préstamos una pequeña cantidad; pero tener esas alhajas es un compromiso. Las devuelvo y vengo, en cambio, á que se me dé algún dinero.

GAB. Bien puedo servirla, porque acabamos de cobrar nuestras rentas. ¿Qué necesita usted?

LEO. ¡Qué se yo! Lo que usted calcule que tengo derecho á recibir, sin pedir limosna ni venderme.

GAB. (Sacando de un cajón varios billetes.) Tenga usted.

LEO. Ahí están sus alhajas, y diga usted á Ricardo que mi hijo está mucho mejor.

GAB. ¿Su hijo de usted? Hijo de Ricardo...

LEO. No, mi hijo. Ricardo me dió una receta para curar al niño, y en cuanto ha tomado la medicina se ha puesto mejor. El médico que le visita ahora, dice que con ese tratamiento curará. Figúrese usted si estaré agradecida de Ricardo... tanto, que no volveré á ocuparme de él en la vida... sino para bendecir su nombre.

GAB. Eso es lo que ha debido usted hacer siempre.

LEO. Señora, yo no recibo lecciones de nadie, y menos de usted.

GAB. Ni yo tolero que en mi casa me hable de ese modo una mujer de su conducta.

LEO. ¿De mi conducta?... ¡Ah! ¡No quería hablar y usted hace que hable! Pues, ¿qué soy yo? Una desgraciada, una necia, que abandoné mi hogar, la tranquilidad de una casa honrada, por la esperanza de venturas que soñaba y que jamás he realizado... Pero usted... ¿usted puede decir nada? Usted se unió por el amancebamiento...

GAB. ¿Eh?

LEO. Por el amancebamiento, sí, á un hombre que usted sabía era casado. Yo tiré mi dignidad enmedio del arroyo, y usted se ha vestido con los jirones de mi deshonra... ¿Quién es más noble de las dos? ¿Quién de las dos puede echar en cara á la otra su conducta? Usted, al fin y al cabo, ha vivido unos años pasando por honrada, disfrutando beneficios que no eran suyos, gozando con la esperanza de que yo me muriera... ¡y yo he pasado miserias . vergüenzas! He rodado hasta el hospital, y allí, donde yo era un número, llevaba el nombre de mi marido, si no con honra, con derecho, y usted me lo usurpaba sin derecho y sin honra.

GAB. Usted abandonó á Ricardo; usted fué...

LEO. Sí; muy mala. Pero mi perversa conducta, ¿explica por eso la de usted?

GAB. Es que yo amo á Ricardo... ¡Y usted, no!

LEO. ¿Y sé yo si ese amor es verdadero?

GAB. ¿Qué más pude yo hacer por el hombre á quien amo que lo que he hecho? A usted corresponderá Ricardo por ley y por justicia; á mí por amor, que vale más que todo eso.

LEO. Lo veremos.

GAB. ¿Lo veremos? Por de pronto la arrojo de esta casa, (Toca el timbre.) y como yo no he de rebajarme en tropezar á usted... los criados se encargarán de ello. (Al Criado, que ha salido por el foro.) A esa mujer es preciso echarla de aquí. (Vase por la derecha.)

## ESCENA VI

LEONOR, CRIADO

LEO. Esa mujer... echarme... (Al Criado, que se acerca á ella y retrocede.) ¡Eh! Nadie me toque... yo me iré... si quiero... Tengo derecho á estar aquí, aunque después salga atada para el presidio...

CRIADO (Esta mujer es loca. Estaré al cuidado á ver lo que ocurre.)

## ESCENA VII

DICHOS, RICARDO

RIC. (Por la izquierda.) ¿Qué es eso? (Al ver á Leonor.) ¡Ah! (Al Criado.) Márchate de aquí.

CRIADO (¿Qué será esto?) (Vase por el foro.)

## ESCENA VIII

RICARDO, LEONOR

LEO. Tu mujer, tu manceba, me ha arrojado de esta casa.

RIC. Ha hecho bien.

LEO. ¿Tiene derecho para ello?

RIC. La ley no se lo da. Yo, sí. Cuando una mujer abandona á su marido pierde todo derecho. Los Códigos no lo dirán, pero el sentido común lo afirma. ¿Te ha arrojado de esta casa? ¡Pues vete de ella! Por deshonrado que se halle este hogar, no lo está tanto que pueda dar albergue á *La Furia.*

LEO. Pues no me iré.

RIC. ¿No? Mira que te ordeno salir. ¡Ay de tí si cumplo yo mismo mi mandato!

LEO. Puedes hacer de mí lo que gustes.

RIC. Pero, ¡Dios mío! ¿qué será la vida del vicio que de tal modo se pierde el decoro? El criminal se arrepiente, se corrige, se regenera... La meretriz pierde el atractivo de la carne, pero no el cinismo... ¡Vete, Leonor!

LEO. No.

RIC. ¿No? Pues tu voluntad no te lleva, te sacará mi fuerza. (La coge con violencia y la arroja al tiempo que entra don Antonio por la derecha. El Criado ayuda á echar á Leonor y se la lleva por el foro.)

## ESCENA IX

RICARDO, DON ANTONIO. Más tarde SALAZAR

ANT. ¿Qué haces, Ricardo?

RIC. ¡Arrojar á la calle los desperdicios de la li-

viandad! ¡Qué fatiga! ¡Esa mujer me mata! Ella es la causa del aneurisma de la aorta.. ¿Lo ve usted? ¡Tanto como deseo su muerte y antes vendrá la mía!

ANT. Vamos, Ricardo, ten calma. Eso es una afección moral... que pasará. Todo se arreglará...

RIC. Sí; es fácil el arreglo,.. Vea usted... Esa mujer no está separada legalmente de mí.. luego el matrimonio no se ha interrumpido... Ella tiene un hijo.. Pues bien, ese hijo del adulterio, por la ley, es hijo de legítimo matrimonio. Lleva mi nombre, llevará mi herencia... Yo pude impugnar su legitimidad, pero desconocía la ley y no lo hice. Ya pasó el tiempo (1). Yo mismo he consentido, sin saberlo, que ese hijo sea hijo mío.

ANT. ¿Cómo quitar los derechos á tu verdadero hijo? Demostraremos que tú eres su padre.

RIC. No; mire usted el artículo 141 del Código civil. Mi hijo es adulterino y no puede investigarse la paternidad.

ANT. ¿Pero cómo declarar al hijo de Leonor hijo legítimo? Ella se revelará, ella confesará que no es de tu matrimonio...

RIC. ¡Tampoco! Quiso dar á su hijo otro nombre y no pudo... le dió el mío. Vea usted ese Código civil y mire lo que dice. (Don Antonio lee el Código y confirma lo que dice Ricardo.) «El hijo se presumirá legítimo aunque la madre hubiese declarado contra su legitimidad ó hubiese sido condenada como adúltera.» (2)

ANT. ¿Qué remedio queda?

RIC. ¡Ah! Si las leyes las hiciesen los hombres en vez de hacerlas los sabios!

ANT. Las leyes no pueden resolver todos los casos; tienen por fuerza que sancionar con su silencio injusticias que no han previsto. La ley no puede ser un traje hecho á la medida de todo el mundo: á algunos tiene que sentarles mal.

---

(1) Artículo 113 del Código civil.

(2) Art. 109 del Código civil.

RIC. Sí; pero mi hijo... la ley...

ANT. La ley es igual para todos.

RIC. Sí; pero también consiste en la forma de aplicarla. El cuchillo corta según la manera de afilarle. (Le da un ataque de ahogo. Se deja al buen juicio del actor.) ¡Yo me siento peor!... Don Antonio... Vamos á mi cuarto... Descansaré un momento... ¡Pobre hijo mío!

SAL. (Entrando por la segunda puerta de la izquierda.) Ricardo...

ANT. ¡Chis!... (Aparte á Salazar.) Le ha repetido el ataque.

SAL. ¡Ah! (Cogiéndole entre los dos.)

RIC. Vamos...

SAL. } Vamos. (Vanse los tres por la primera puerta de la
ANT. } derecha.)

## ESCENA X

LEONOR, un JUEZ, un ESCRIBANO, un ALGUACIL. Todos por el foro. La primera con el cuello vendado

LEO. Aquí, aquí vive el agresor.

JUEZ Procederemos á su detención.

## ESCENA XI

DICHOS, SALAZAR por la derecha. Después GABRIELA y DON ANTONIO por el mismo lado

SAL. ¿Qué es eso?

JUEZ (Descubriéndose.) Señor Ministro... un caso de parricidio frustrado! Esta señora, que es la esposa legítima de don Ricardo Vargas, como lo ha justificado... (Salazar hace signos de repugnancia y extrañeza.)

LEO. (Con altivez.) Sí; su esposa.

JUEZ Y madre de un hijo, también legítimo de dicho señor, ha sido herida por su esposo, y en cumplimiento á lo que la ley dispone, vengo á detener al agresor.

SAL. (Mostrándole la primera puerta de la derecha.) Pase usted. Ahí dentro está el criminal.

JUEZ (Entra y vuelve al momento.) ¡Muerto!

SAL. ¡No sé dónde estará el parricidio!

GAB. (Desesperada.) ¡Muerto Ricardo!

LEO. Entonces, señor Juez, cumpla usted con lo que la ley manda.

JUEZ Pues en nombre de ella, usted queda en esta casa, que es la suya.

LEO. (Aparte.) (He vencido al fin: por mi pobre hijo y por esa mujer, me alegro. Por mí... ¿cómo disfrutaré de esta victoria?)

JUEZ (A Gabriela.) Señora... usted no puede permanecer más tiempo aquí.

GAB. (Que se vuelve á la puerta primera derecha.) No; yo no abandono á Ricardo. Yo tengo que velar su cadáver... ¡que le lleven al depósito!... ¡que me arrojen de aquí... pero con él! (Leonor se va a acercar donde se supone está el cadáver de Ricardo.)

JUEZ No se acerque usted, señora.

LEO. ¿Por qué me lo impide el Juez que aplica la ley, si la ley me ampara?

JUEZ Porque antes que Juez soy hombre de conciencia.

ANT. ¿Y cómo usted, señor Juez, dispone tales cosas?

JUEZ Cumplo con mi deber.

SAL. Eso es lo legal.

ANT. Pero no lo justo.

SAL. Sobre LO LEGAL Y LO JUSTO está lo moral. (A Gabriela, que está llorando en brazos de don Antonio, á los cuales fué cuando el Juez impidió acercarse á Leonor.) Gabriela, no llore usted; para mí siempre será usted la viuda de Vargas. Su hijo no tiene nombre... no importa, tendrá el mío, ya que no puede llevar aquel que, en complicidad con una ley injusta, le ha usurpado un hijo sin padre. (Cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

El autor de esta obra cumple gustoso una deuda de gratitud contraída con los artistas que han estrenado **Lo legal y lo justo.** Todos han puesto de su parte cuanto han podido por salvar esta primera producción dramática; todos han rivalizado por dar el mayor realce á sus papeles. Es más: se han prestado algunos de ellos á desempeñar personajes que no hablan, para que resultara mejor el conjunto: otros han interpretado papeles inferiores á su categoría.

Sirva esto de ejemplo, de estímulo y de sincera manifestación de aprecio.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

3 0112 115870732

# PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.